

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 244
ISSN: 0188 - 381X

A G U A



punto
de partida

No. 244

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas
Rector

Rosa Beltrán
Coordinadora de Difusión Cultural

Julia Santibáñez
Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Redacción: Alejandro Arras
Diseño original: Jonathan Guzmán
*Diseño de este número y
dirección de arte:* Anilú Zavala
Difusión: Axel Alonso
Asistencia secretarial: Silvia Rodríguez
Impresión en offset: Litográfica Ingramex, S.A.
de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.
puntodepartida.unam.mx
puntoonlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.

MARZO — ABRIL

EDITORIAL

AGUA

CARRUSEL

CRITICÓN

TINTA SUELTA

Editorial	5
<i>Mecánica de fluidos.</i> Mariana Soto Almaguer	8
<i>Lengua madre.</i> Elena Mesa	12
<i>A las puertas del templo.</i> Ana Saldaña	18
<i>Puerto sin reflejo.</i> Kenya Naranjo	20
<i>Emerger del estanque.</i> Michelle Trujillo Cruz	24
<i>El traje de baño.</i> Miguel Parpadeos	31
<i>Ahogamientos.</i> Marisol Luna Zapiain	34
<i>Ruido de fondo para una caída.</i> Kennia Cervantes	36
<i>[Mi padre es el buque más hermoso]</i> Samuel Cano	38
<i>Drenaje profundo.</i> Ulises Flores Hernández	39
<i>El arte de llorar en la regadera</i> Mariana Camacho Cruz	49
<i>Ciclo del agua.</i> Ángela Almedra Almonaci Buendía	50
<i>Ofelia flotando en el Guayas.</i> Said Vladimir Ramírez Téllez	52
<i>Gogorrón.</i> Andrea Ortiz Morales	54
<i>Fue así el primer hombre.</i> Gerardo Almaraz	56
<i>Cruzar el espejo: Alice y Alice Rahon</i> Pablo Feram	58
<i>Presentes extraños: el agua y (sus) otros fantasmas</i> Lya Montiel Nepote	63
<i>Instantánea de una ciudad.</i> Armando Gutiérrez Victoria	70
<i>Reconocerme en un Algodón de azúcar</i> César Villanueva	74
<i>Hablar de Julieta es hablar de teatro</i> Omar Castro Guadarrama	76
<i>Una gota.</i> Valeria Hipocampo	79
Colaboradores	83



Amanda Lunares
(Ciudad de México, 1993). Artista y diseñadora egresada de la UAM-X. Actualmente cursa el posgrado en la EDINBAL. Sus intereses giran en torno al dibujo, la ilustración, la cerámica y el trabajo con distintos materiales.
📷 mandy_lunares 📱 mandylunares



CONTRAPORTADA



Marilia Castillejos
(Ciudad de México, 1990). Diseñadora editorial e ilustradora. Estudió Diseño y Comunicación visual en la FAD, UNAM. Ha participado en exposiciones colectivas, publicado en revistas culturales y su trabajo ha sido seleccionado en la Bienal Internacional del Cartel en México.
📷 mar.mariliaa



Editorial

AGUA. HOY ESCUCHAMOS SU NOMBRE y una sensación de inminencia viene a nuestra mente, entonces ajustamos hábitos para que el gasto individual que hacemos día a día sea menor; al mismo tiempo numerosas empresas gozan, indiferentes e imparables, la generosidad incauta de los pozos. La emergencia es innegable, su novedad no tanto. Desde luego, el agua, a la par y más allá de esta situación, no es un tema extraño en la literatura. Su presencia total, en la vida de humanos y no humanos, la aleja de ser un lugar común para la escritura. Da cuenta de ello la cuantiosa respuesta a esta convocatoria y un *dossier* nutrido en cantidad y variedad de aproximaciones —literarias y artísticas— a las formas del agua.

Una de ellas es un texto cuya tinta navega de ida y vuelta a través del Atlántico; se trata de “Lengua madre”, escrito por la colombiana Elena Mesa y que fue finalista del II Premio de relato UNAM-España sobre la experiencia de la migración latinoamericana en España 2023. Una reflexión sobre la identidad y la integración a través del propio acento que tiene por escenarios un sueño y una ciudad: vivir cerca del mar y Barcelona.

A tono con la crisis hídrica, Mariana Soto Almaguer imagina, en su poema “Mecánica de fluidos”, un futuro en el que los humanos nos inventamos una forma de existencia inorgánica. También, en Entre voces, la entrevista que hace Lya Montiel Nepote a la artista Adriana Salazar nos muestra un trabajo interpelado por la presencia fantasmal del agua y sus historias locales. O los poemas de Kenya Naranjo, en donde el título del segundo, “Mi tumba no tendrá flores”, podría ser consecuencia del primero, “La lluvia no alcanza”.

Otros autores abordan el agua a través de su metáfora como espejo que devuelve distintas caras de lo humano. Desde una reinterpretación de Said Flores Ramírez Téllez a la escena de la muerte de Ofelia, pero situada en un violento Guayaquil, hasta el cuento “Drenaje profundo” de Ulises Flores Hernández, donde un caso de secuestro es el prisma que muestra la podredumbre social del otrora Distrito Federal. Otro ejemplo es “Emerger del estanque”, un ensayo meticuloso con el que Michelle Trujillo traza un mapa de las asociaciones simbólicas y culturales entre la mujer y el agua. La dualidad de ésta —como elemento vital, pero también motivo de muerte— es uno de los temas que aborda y que otras autoras desarrollan en distintos géneros. Así, por ejemplo, el cuento de Ana Saldaña, “A las puertas del templo”, y los poemas de Marisol Luna Zapiaín, “Ahogamientos”, y de Gerardo Almaraz, “Fue así el primer hombre”, tienen al mar como escenario onírico, de la muerte o del renacimiento; mientras que en los versos de “Ciclo del agua”, de Ángela Almendra Almonaci Buendía, la amenaza está en el uso del agua para tareas cotidianas.



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA



NARRATIVA
GRÁFICA

Una última constante es la presencia de este elemento en momentos de emociones variadas. Es un motivo de disfrute en el cuento “Gogorrón” de Andrea Ortiz Morales; de desahogo en el relato breve de Mariana Camacho Cruz, “El arte de llorar en la regadera”; de atrevimiento en el cuento “El traje de baño”, de Miguel Parpadeos, y en la crónica “Ruido de fondo para una caída” de Kennia Cervantes; y de nostalgia en “Mi padre es el buque más hermoso del mundo”, poema de Samuel Cano.

En Heredades, Pablo Feram continúa la metáfora del espejo en un ensayo que explora la performatividad de Alice Rahon como artista en un medio predominantemente masculino. Armando Gutiérrez reseña *Libro IV*, de Darío González Rodríguez, un poemario cuyo estilo es, en parte, una apropiación del estridentismo mexicano y la poesía novohispana barroca. En este número también publicamos los textos ganadores del XXII Concurso de Crítica Teatral “Criticón”, que convoca Teatro UNAM: “Reconocerme en un *Algodón de azúcar*”, de César Villanueva, en la categoría Fanáticos del teatro. Y en Especialistas, “Hablar de Julieta es hablar de teatro”, de Omar Castro Guadarrama, quien además ha sido colaborador de esta revista en varias ocasiones. ¡Enhorabuena para ambos!

La sección Tinta Suelta cierra con una historia de Valeria Hernández, y en la postal, una ilustración de Nahiby Castro López acompaña el haiku de Jaspe Martínez González. La parte gráfica también es numerosa y variada en cuanto a técnicas. Nos da gusto contar con fotografías, pinturas, *collages* e ilustraciones de Andrea Soto, Amanda Lunares, Ana Sofía Vázquez Morales, Aarón Farid Negrete, Claudia Santos, Frida Lomán Amaro y Marilia Castillejos.

Esperamos que la lectura de estas formas que toma el agua sea grata para ustedes. 

Aranzazú Blázquez Menes

AGUA



Mecánica de fluidos

MARIANA SOTO ALMAGUER

I

No hay más que partes, cuerpos minusválidos
esperando a que el recurso alcance
para ser *diluidos*.
Una vez un hombre soñó que resolvía las ecuaciones
y pudo comprender la atmósfera
predecir los vientos,
el futuro de la naturaleza.
Al final no obtuvo nada.
Causa de muerte:
células disecadas.

**Las ecuaciones de Navier-Stokes describen matemáticamente el movimiento
[tridimensional de un fluido viscoso.**

Por eso digo,
ni a Navier ni a Stokes se les ocurrió que serían obsoletos
antes de que, siquiera,
lográsemos comprenderlos.
Porque una vez hubo un mar hastiado, turbulento.
*Si conozco la velocidad de una gota en un instante de tiempo presente, ¿podré
[predecir su comportamiento final?*

y la respuesta fue una singularidad
una grieta entre el reflejo de un rostro en agua diáfana
y un organismo mutando en un puño de cables.

*Alguna vez tuvimos vida
abundante,*



*fresca
y la dejamos fluir
hacia un abismo de montaje,
hacia un vacío que nunca existió
pero que necesitábamos.*

II Aguas Someras

*Un agua somera es aquella que es poco profunda,
no más de 30 metros, la medida en la que el mundo se ahogó,
o mejor dicho se olvidó entre tantas novedades.*

***Las ecuaciones de aguas someras o también llamadas ecuaciones
bidimensionales de Saint-Venant analizan el flujo que se encuentra
debajo de una superficie presionada.***

*El hombre es una invención reciente,
y está llegando a su fin
¿Quién es el hombre? ¿Quién es Foucault?*
Después de la aniquilación
nos instalamos en la nube
guardamos en memorias toda la historia de la humanidad
dispuestos a estudiarla
con nuestros ojos de láser,
con nuestra muerte programada,
que no se descompone
ni vuelve para nutrir la tierra.

III Soluciones Propuestas

Variables a considerar en la fórmula:

U: velocidad en el eje x (zonal)

V: velocidad en el eje y (meridional)

H: altura de la superficie de presión horizontal



G: aceleración debido a la gravedad

K: coeficiente de viscosidad

Objetos que hay en el planeta:
vida.

Más allá de la vida:

un sinfín de posibilidades

—¿A partir de cuándo existió el hombre?

—A partir del agua.

—¿Por qué acabó con el componente vital?

—Fue una decisión colectiva.

—¿Qué lo llevó a ese desenlace?

—Pienso que los primeros signos surgieron cuando abandonamos el espacio físico. Es decir: los cuerpos lejanos, a través de una pantalla estaban más cerca que nunca.

—¿Sabías que el cuerpo es 70 % agua?

—Claro, pero después se fabricó con circuitos, se sustituyó todo el sistema biológico por una computadora infinita.

—¿Cuál es el componente vital para el funcionamiento de este sistema?

—Electricidad, bits.

—¿Cómo se les llama a los que llevan a cabo esta nueva forma de existencia?

—Aún se desconoce, pero después vendrán otros. Somos la voluntad de destruirnos para crearnos nuevamente en algo que ya no comprenderemos.

Según la mecánica de fluidos, lo que caracteriza principalmente a un fluido es su incapacidad para resistir cambios bruscos, cortaduras. Es por ello que no tienen forma y dependen del recipiente que los contenga.



Frida Lomán Amaro. De la serie *Que me cante el mar*



Lengua madre

TEXTO Y COLLAGES DE ELENA MESA

“NO TE VA A PASAR”, me dice mi amigo Rafaelo. “No vas a perder el acento”. Rafaelo es de Puerto Rico, habla poco y es una lástima porque me encanta escuchar la musicalidad con la que lo hace. No le percibo temor alguno por alejarse de su habla y empezar a usar las expresiones españolas, no recuerdo tampoco escucharle alguna. Su no preocupación se parece a la transparencia de sus palabras. No teme perder el acento porque eso no va a pasarle nunca. Lo sabe, por eso no se preocupa. Yo admiro esa convicción, ese arraigo grabado en el corazón de su lengua madre y la belleza de no darse cuenta.

“Me siento en una película de Almodóvar”, le dije a mis amigos en Colombia la primera vez que vine a España. Qué más iba a decir: los bares, el vino, el madre mía en cada rincón, las callecitas estrechas, las fachadas coloridas, la extrañeza y la novedad de las primeras veces. ¡Conque esto es el primer mundo!

En aquel momento mi hijo de nueve años y yo llegamos a España para estrenar la patria potestad que por fin había conseguido, y empezamos a hacernos chistes intentando imitar el acento de las películas de Almodóvar y la fuerza con la que marcan las “a”, cuya pronunciación alargan enfatizando la seguridad en sí mismos, la que pocas veces sentimos cuando llegamos por primera vez a cualquier sitio.

Imitar, reír, porque nuestro acento no se parecía o porque alcanzaba a parecerse un poco: “es que flipo”, decía mi hijo, y después: “mamá, no sabes qué es flipar, ¿cierto?”. Eso pasó hace seis años. Viajamos aquella vez para estrenar la patria potestad. Estrenar, decía. Como si se tratase de algo que vistes y con lo que vas por ahí mostrándole al mundo cómo te queda. Lucir el abandono de un padre como un atuendo nuevo, de lujo. Lo es en Colombia para una madre soltera poder pagarse un abogado que ayude en un proceso de este tipo. Es un país sin padres, le digo a mis amigas cuando estos temas aparecen por ahí.

Es un país lleno de huérfanos de padre, y estos padres viven su vida como si nada y a veces cruzan las mismas calles que tú, y las mismas calles de sus hijos abandonados, y nadie lo cuestiona porque todos normalizamos que ellos, los padres, se pueden ir. En cambio, nosotras las madres nos quedamos. Siempre nos quedamos. Pero también, cuando podemos, acunamos la valentía necesaria para migrar e irnos lejos. Todas con motivos diferentes y maletas de todos los tamaños y colores y, supongo, nuestras esperanzas y sueños acomodados con cuidado en algún resquicio de la maleta, emprendiendo nuestro propio viaje heroico y sosteniendo el miedo, la adrenalina y la incertidumbre como un gran océano a navegar, dure lo que dure la aventura. Nos quedamos y nos vamos, y nuestra lengua madre se va con nosotras a

Relato finalista del II Premio de relato UNAM-España sobre la experiencia migratoria latinoamericana en España 2023, convocado por el Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en España, el Festival Centroamérica Cuenta y la Revista de la Universidad de México

todos los lugares que cruzamos, y sobre todo, entregamos las palabras iniciales del lenguaje como una forma de resistencia. Tal vez sea parte de nuestro linaje poder darle al mundo las palabras de la propia lengua, para que no muera dentro de nosotros lo más auténtico cuando nos vamos de casa: ¿me regala un tintico por favor?

Después la vida trazó de nuevo la ruta y aquí estamos en Barcelona, con un permiso de residencia que dice que podemos quedarnos tres años más. ¡Tres años!, y pronto recordé la fugacidad del tiempo y su fuerza devastadora. Si parece que fue ayer que jugábamos a imitar el acento español y eso producía risas entre nosotros. Si parece que fue ayer que mi hijo de ahora 15 años tenía nueve. ¿Es el tiempo una trampa? Parece que alguien se riera de nosotros.

Barcelona. Siempre quise vivir en una ciudad con mar. Lo dije un par de veces, pero no podía imaginar alguna, porque migrar parecía una opción esquiva, y tampoco tenía la menor idea de lo que eso significaba. Creía, sí. Pero sabemos poco del viaje que nos espera una vez reconocemos la orfandad de los migrantes. Por eso hacemos trampas para soportar el paso del tiempo y dejar de mirar los días difíciles, que vuelven con cada estación para recordarnos que lejos de Ítaca, todos nos hemos transformado.

Dejamos de imitar y empezamos a escuchar las palabras catalanas que nos sonaban bonito, y las conversaciones en las calles, en los cafés, en el metro, a ver si algo podíamos entender de su lenguaje, de su resistencia. *Bon dia*, decía tímidamente al entrar en alguna frutería, y regresé a un pedacito de mi ciudad cuando pregunté en la pescadería por el *lluç* y pude volver a preparar la sopita de pescado que tanto me gusta y que extrañaba de mis días en Colombia.

Pero tan pronto como la condición de turista cambia a la condición de residente, la mirada se extiende a otros horizontes y el *bon dia* se mezcla fácilmente con múltiples acentos difíciles de distinguir, y tantas caras juntas representando el mundo. Por supuesto, un ¡qué más parece! o un ¡jueputa! se va a cruzar en casi todas las esquinas, o al menos en muchas de ellas, para saber que la colonia colombiana está extendida en toda la ciudad. Dejamos de imitar cuando reconocimos que no estábamos en nuestro lugar, y entonces lo fascinante perdió perspectiva, y como todo, empezó a acomodarse en los lugares de lo cotidiano, donde por lo general las personas ya no encontramos sorpresa, o quizá olvidamos buscarla. Tal vez eso quiere decir que empezamos a mirar la vida desde el tedio con el que se miran con frecuencia la mayoría de las vidas, y a volver a soñar con otros horizontes y mapas.

“Es que echo mucho de menos”, dije. Y por un instante mi palabra perdió fuerza y se volvió frágil, casi imperceptible. ¿Terminé la oración? No lo recuerdo. Pero llegué a casa cuestionada por descubrirme después de un año de habitar las calles barcelonesas, utilizando una expresión que no me correspondía. Yo no echo de menos, me dije. A mí me hace mucha falta.

Y ese acto, sutil en apariencia, volver a darme cuenta, quiero decir, prestar atención a mi forma de narrar las cosas, me entregó otra percepción de lo cotidiano, donde también se encuentra con frecuencia lo que realmente importa. De pronto, con



mayor fuerza aparecieron mis palabras y mis modismos, recordándome que de donde yo vengo extrañamos, nos hace falta, hijueputiamos, desayunamos por la mañana y no *esmorzamos* y comemos en la noche y no en la tarde, y tomamos el algo, no *berenamos*, y nos llamamos al teléfono, no al móvil, y vamos en carro, no en choche, y nos saludamos de muchas formas y una de ellas es ¿qué más? y usamos diminutivos que representan cariño o temor, con los que también evitamos o suavizamos las conversaciones difíciles.

Yo no echo de menos, me lo repetí varias veces esa tarde porque sentí que, al decirlo, algo dentro de mí se movía hacia un lugar muy lejano, y lo que en principio fue gracioso y un intento fracasado de imitar los modismos españoles, se convirtió en un detalle al que quería prestar muchísima atención. Todavía me cuesta responder a la pregunta de si es que acaso sentí como una traición a mi lengua materna usar sus expresiones prestadas. No lo dije con acento, de hacerlo, cruzaría a un lugar mucho más lejano del que no se vuelve. Lo he visto, lo escucho con frecuencia:

“Hostia, tío”.

“Y vos, ¿de dónde sos?”.

“Colombiano”.



“Mamá, yo no quiero perder el acento”, me dice mi hijo pocos meses después de nuestro segundo aterrizaje barcelonés. Esa sincronidad alertó a mi oído, no pasa nada, ¡oh! Está bien, está bien decir no pasa nada, lo digo sin acento, lo decimos también en algunas conversaciones en Colombia, se lo he escuchado a mis amigas, ¿me estoy mintiendo? Reproduzco algunos audios, no me miento.

¿De dónde viene esta obsesión repentina por mi lengua materna? Y tal vez la insistencia consciente de quienes añoramos nuestra propia manera de mirar las cosas, de señalarlas con la punta de la nariz y la cumbamba, viene ¿de la extrañeza? De la distancia que se adquiere con el paso del tiempo, que no es otra cosa sino estar más cerca del lugar al que pertenecen tus palabras. Es extraño y cliché, pero es cierto; algunas distancias crean barreras; otras, en cambio, nos acercan a lo que somos mientras nos alejamos.

Migrar implica, entre muchas otras cosas, ¿correr el riesgo de apartarnos de nuestra propia habla? y entonces ¿qué puedo hacer para mantener esa distancia necesaria y no irme lejos de mis letras, mis oraciones, mis insultos y mi particular manera de señalar?

“¿El *lluç* es merluza?”.

“Sí, sí, sí, síiii, es merluza”.

Y así empecé a entender que migrar es encontrar en las palabras ajenas, las palabras propias; mi lengua madre. Y sentir que no estamos perdidos en los horizontes del lenguaje y en tantos caminos bifurcados que crean todos los idiomas que se mezclan en Barcelona.

Supongo que nos pasa a todos, preguntarnos por lo que seremos ahora que estamos en un lugar fuera de casa, buscar el arraigo y la pertenencia y adoptar las expresiones y los acentos como un mecanismo de adaptación; empezar a entender sus chistes y reírnos, aunque sin ganas, y descubrirnos alguna que otra vez imitando sin querer queriendo las expresiones de otras tierras, y disimular un poco cuando, si es que podemos, regresamos a la nuestra para que allá se rían de nosotros quienes nos advierten que estamos diciendo tal o cual cosa; que se nos ha salido el españolet por algún lado.

Tal vez tres años no sean suficientes para que crezca una distancia drástica con el lenguaje, y tal vez sean más que suficientes para tener un mayor arraigo a la propia lengua materna, y volver ahí todas las veces que sea necesario para acunar la soledad y el miedo de todos los migrantes, como sucede los días de nostalgia en los que me voy a buscar una playa para meter los pies en el agua mientras pienso en las montañas de mi tierra colombiana, y otros como yo hacen lo mismo, pensando en las suyas, supongo. Guardando en silencio tal vez las mismas preguntas o algunas parecidas; si es que sí vale la pena estar acá y por qué es que uno está acá y por qué es que se fue, si es que se tiene el privilegio de poder preguntárselo.

“Sí, a veces me lo pregunto, cachai”.

“Coño, es que a mí también me pasa”.

“Jueputa, sí, qué maricada”.

“¡Ay! Es que mantener el acento está bien cabrón, puñeta.”

“Por ahí, a lo mejor algunas palabras, che”.

Hay un coro de voces latinoamericanas que camina por las calles de Barcelona. *Bona tarda*, sí, también lo decimos, estamos adaptándonos. A todos nos toma un tiempo diferente, un ritmo propio como la musicalidad de cada hablante. Mientras escribo y tecleo las frases que intento recordar de mis amigos latinoamericanos, escucho con claridad su voz en mi cabeza, ahí suenan perfectamente, ahí nos reunimos todos al compás que toque cada uno.

Migramos; otra forma de decir ganamos, perdemos, extrañamos, volvemos y volvemos a volver, como lo han hecho tantos otros a lo largo de la historia. ¿Somos, acaso, de un lugar en concreto? Tal vez nunca nos vamos del lugar donde nacieron nuestras primeras palabras: mami, papito, tintico y periquito. No, no son lo mismo. Y no, no es lo que creen. Ya no digo me regala la cuenta por favor, y entonces dejaron de reírse o de hacer el mismo comentario siempre: no, no le puedo regalar la cuenta, guapa. Estaba bien, servía para romper el hielo y escuchar de inmediato: ¿de Colombia?

El parece lo digo mucho menos porque no tengo amigos de Medellín y sólo un par de veces me he atrevido a decir con fuerza: ¡qué chimbada! Comprendí entonces que algunas palabras son espontáneas por la confianza que le tienes al interlocutor, lo que me hace pensar que no son nuestras, que le pertenecen al que nos escucha, y por eso muchos no van a escucharnos nunca decir con tantas ganas ¡la chimba! en tan diversos contextos y en todos sus múltiples significados. Hablamos con naturalidad porque quienes nos escuchan nos autorizan para eso, y cuando no, pedimos las palabras prestadas y neutralizamos las propias para hacernos entender. ¿Qué, si no eso, es lo que buscamos todos?

Aquí estoy escribiendo sobre lo que no puedo decir y extraño, sobre lo que no quiero que me pase mientras vivo en Barcelona, sobre lo que no quiero perder y no sabía. Pero ahora sé que a veces hay que irse, como otra forma de volver íntimamente a los lugares de nuestras primeras palabras, a la región más transparente donde somos; a las letras que tejimos después de nuestros balbuceos. Vuelvo a mi madre estando lejos. Vuelvo a mi lenguaje materno, a mi lugar no abandonado.

¿Qué más? y a continuación explico: así nos saludamos en Colombia. Y empecé a hacerlo con todos aquellos con quienes voy conquistando el terreno de mi lengua madre, en esos espacios donde va creciendo poco a poco la confianza y puedo ser la hablante que siempre he sido, y lo explico una vez para no tener que hacerlo nunca más y para defender los registros propios de mi lenguaje, el pedazo de mí que llevaré a todas partes. Me lo repito con frecuencia; las palabras adecuadas son las palabras propias.

Bon dia. Bona tarda. Adeu. Gràcias. Lluç siusplau. Dar-me de alta. Un vermú. Una caña. *El carrer. El estiu. El vespre. El nen. La dona.* Sí, sí, todo, pero sin acento. No quiero cruzar ahí, temo no volver al lugar donde me hacen falta las cosas. **P**





 Aarón Farid Negrete. De la serie *Claridades*



A las puertas del templo

ANA SALDAÑA

ES UNA NOCHE CALUROSA DE VERANO. Abro los ojos por primera vez y la ciudad resplandece como en uno de aquellos relatos míticos, fulgura con un brillo áureo. Hierve de luces, de colores y de gente. La vida nocturna despierta por fin al vibrante impulso de las calles, aletargada por un sueño de largos meses. Observo a las personas lanzarse unas a los brazos de otras. La imagen recuerda a una de esas fotografías tomadas en el momento en que, tras haberse declarado la paz, se termina la guerra: la gente ríe, se abraza y se besa en los labios. Puedo sentir el calor en la piel y la humedad en el aire.

Al caminar por el puerto, entre los ríos de multitudes, me dirijo hacia las luces rojas de los cafés y escucho el barullo de las conversaciones cotidianas. Miro a las muchachas trenzarse unas a otras el pelo, a los amantes que se dan de comer en la boca, a los niños que construyen castillos en la arena y sus madres que caminan



descalzas por la playa. Hay también algunas embarcaciones amarradas a la orilla, balanceándose suavemente con la marea tranquila del océano. La luna, en cuarto creciente, se asoma entre las nubes, parecidas a telas vaporosas que flotan por encima de las aguas. Algunas estatuas de bronce sobre el malecón miran en dirección al océano, recubiertas con su pátina color turquesa. El olor a sal es penetrante.

Camino algunos metros y me siento en la playa, dejando que el agua me moje ligeramente los pies. El lento vaivén de la espuma sobre mi piel me adormece. Atisbo la silueta oscura de un hombre acercarse a poca distancia. Parece que viene solo. Se instala a mi lado y me pregunta cuántos años tengo. *No tengo ninguno*, le contesto. El hombre ríe, pero insiste de nuevo: dice que quiere saber mi nombre. *No tengo ninguno*. Empieza entonces a contarme la historia de un marino que sucumbió a su muerte hace años en el océano. *Hay debilidades sólo conocidas por el ser humano en situaciones extraordinarias*, me dice. *El marino era joven y alegre, amaba a una mujer y amaba la vida. Uno sólo puede preguntarse qué es lo que le atrajo tan fuertemente hacia el fondo del mar, después de tres días de no mirar ni un grano de arena.*

El ruido de las olas y la voz del hombre me arrullan, me invitan al sueño. Pero me incorporo y camino despacio hacia el mar, sintiendo la arena húmeda acariciarme las plantas. El agua empieza a ascender lentamente por mis piernas. Cuando las puntas de mis dedos ya no tocan el fondo, me tiendo de cara al cielo y floto sobre el agua oscura. Quiero volver a casa. Intento descifrar una posibilidad de escape entre aquellos laberintos de estrellas color rojizo.

Las luces comienzan a fragmentarse en pequeñas figuras geométricas, diminutos hexágonos como pedazos de un panal o de un mosaico. Las imágenes de la ciudad a lo lejos aún son vívidas en mi mente. Los colores sólidos (rojo, azul, amarillo) se aíslan y se disuelven. Un malestar generalizado me invade. Mi vientre se contrae en espasmos terribles y las manos me tiemblan de manera incontrolable. Siento la náusea escalar lentamente por mi garganta. Y tengo el cuerpo encendido, estoy ardiendo en fiebre.

Pero todas mis quejas cesan en un instante: el corazón se me ha vuelto blando como la arcilla. Puedo manipularlo con mis dedos, lo palpo a través de mi carne. Siento cómo mis miembros relajan su tensión y se separan uno a uno de mi cuerpo, sin el menor rastro de violencia. Mis órganos internos explotan y los canales de mi sangre se inundan de agua salada. Aunque he nacido esta noche, cierro los ojos en esta vida, por última vez.

Cuando vuelvo a abrirlos, sé que mi pequeña barca ha arribado a las puertas del templo. 

Puerto sin reflejo

KENYA NARANJO

La lluvia no alcanza

Es más probable que en las casas
haya cerveza que días con agua.
“Con que no falten libros”, reí,
mientras respondía.

Aquella situación árida
se ha vuelto costumbre.
La lluvia sólo alcanza para los hoteles
y las empresas extranjeras.

El mar venda los ojos para no ver
que las tuberías de las calles están vacías.
Rechinan por un rocío de agua,
y nadie las escucha, sólo yo.

No reconocemos el espejismo
que persiste en las mordeduras del malecón.
El sector turístico nos sonríe
y marcamos el paso.

Orlas violetas decoran el crepúsculo
que aviva nuestras bebidas.
El puerto es una ilusión pactada
o una frontera sin escape.

Hoy mi casa tiene libros
dos Pacíficos y una tubería oxidada.
Quizá mañana en mi hamaca me encuentren
y rieguen lo que queda de mí.



Mi tumba no tendrá flores

No imagino el mundo en guerra
por un rocío de agua, pero hay noches
en las que siento la garganta seca
y lo creo posible.

Las diosas se revelan ante el desperdicio
de su cristalina sabiduría.
Áridos tiempos se disipan y el cielo
ya no llora por nosotros.

Le tememos a la muerte, pero no
a las sequías que arrasan con las risas
de tu pueblo, los juegos en la plazuela
y los paseos al arco los domingos.

Durante el verano mi abuela me lo dijo:
Sin agua no crecerán flores en tu tumba,
no llorarán tus hijos, no se sostendrán los muros
que hoy marcan tu linaje.

Lo que hoy vemos será un pueblo abandonado
el sueño de un retrato carcomido
la brisa de un suspiro soñoliento
que nos dará la espalda.

Me niego a imaginar que existe
algo peor que la muerte, pero hay días
en que el desierto borra la memoria
que no alcancé a escribir.



 Aarón Farid Negrete. De la serie *Claridades*



Emerger del estanque

MICHELLE TRUJILLO CRUZ

EL USO DOMÉSTICO DEL AGUA a lo largo de los siglos ha creado la costumbre de atribuirle bondades curativas; la lista es larga. Dentro de dichas bondades, que por lo regular brotan de boca de nuestras abuelas, yace un trasfondo antiquísimo que revela de qué manera ésta ha sido y sigue siendo parte fundamental de la vida en la tierra —no debe olvidarse la creencia de que la especie humana viene de las profundidades del mar, tanto científica como bíblicamente¹—. El agua es vida, no obstante, su imagen también ha generado desconfianza, pues el hecho de que se halle en distintos lugares y con múltiples rostros la hace portadora de cualidades tanto positivas como negativas. Desde las primeras civilizaciones el agua simbólicamente ha representado la fertilidad, pero también la esterilidad y la muerte a través del ahogamiento, el desgaste físico o la absorción. En pocas palabras, el agua ha sido madre y asesina.

Respecto de este último hecho existe un vasto imaginario que lo retrata: a la iconografía de fuentes, manantiales, estanques, lagos, ríos o mares se suma la presencia de seres mitológicos como náyades, nereidas, sirenas u oceánidas encargadas de cuidar y proteger el ecosistema acuático que habitan. A ellas generalmente se les representa con largas cabelleras adornadas con flores, desnudas o cubiertas con vestidos de telas vaporosas, en grupo o solas, sujetando cántaros, jugando dentro del agua, peinando sus largos cabellos con ayuda del reflejo cristalino u observando con curiosidad y expectación aquello que se encuentra fuera del agua, de su elemento. Sin embargo, aun con este halo candoroso que las rodea, se las ve como seres engañosos capaces de atrapar la atención de individuos, generalmente varones, quienes no sólo se sienten arrebatados tras escuchar su canto o contemplar su belleza, sino que se dejan convencer y conducir hasta una trampa donde morirán ahogados y devorados por las aguas que ellas habitan. Tal y como lo muestra el rapto de Hilas por parte de las náyades o la desaparición de Fernando, protagonista de “Los ojos verdes” en la leyenda de Bécquer, quien es seducido y llevado a las profundidades de un lago. Visto así, la presencia de estas entidades es maligna.

Tales características se han imantado al agua por su doble simbolismo, y se han asociado a lo femenino no sólo por su capacidad de engendrar vida, sino por el efecto que diversos factores culturales, a lo largo de la historia, han ejercido sobre la mujer. La poeta y traductora Suzanne Jill Levine, por ejemplo, habla al respecto a partir del espejo en la literatura y menciona que este objeto, también vinculado con el agua, “se ha convertido en un emblema femenino”, puesto que la mitología grecolatina en colaboración con los estereotipos relacionados con lo doméstico y la vanidad frente al espejo ocasionaron que la mujer fuera vista como imagen y proyección del Yo masculino,² como *un otro observado* o reflejado que no tenía identidad por sí misma,

¹ Con “bíblicamente” no aludo a un sentido evolucionista, sino a las primeras líneas del Génesis donde se dice que, cuando todo era caos, “el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas”.

² Suzanne Jill Levine, “El espejo de agua”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 26, junio de 1983, p. 36.

sino a partir de que alguien (por lo general un hombre) la contemplara. Las ninfas descritas o retratadas por distintos artistas son ejemplo de ello.

Por otro lado, un mito famoso que castiga la vanidad es el de Narciso. Recordemos que él era un joven apuesto que atraía todos los amores, tanto de hombres como de mujeres, y que siempre rechazó engreídamente a sus pretendientes al no creerlos dignos de su belleza, razón por la cual los dioses lo castigaron y provocaron que se enamorase de su propio reflejo cuando se inclinó a beber agua de un estanque. Unas versiones relatan que desfalleció de desamor y otras que murió ahogado tras sumergirse profundamente en el agua intentando asir su imagen; lo sugerente en todas es que el agua muestra su dualidad simbólica: por un lado, sirve de espejo a los individuos, pero por el otro, es el sitio donde la vanidad y el enamoramiento de sí mismo llevan al extravío. Derivado de todo esto, incluso dentro de la psicología existe el término médico “narcisismo” para referirse a un trastorno de la personalidad en el que un individuo requiere admiración constante y se regodea en la autosatisfacción; de allí que contemplar la imagen de uno mismo, ya sea a través de un espejo o de otras superficies cristalinas como el agua, haya adquirido tintes negativos.

Gaston Bachelard, por otro lado, explicaba en *El agua y los sueños* que el verse reflejado en las aguas puede dejar de ser pernicioso cuando no se le da una interpretación neurótica. Según él, cuando se interactúa con aguas cristalinas siempre habrá una invitación a contemplar nuestra imagen porque ésta no sólo naturaliza nuestros rasgos (por medio de un estado poético),³ sino que permite *reconocernos* interiormente, más allá de vanagloriarnos de nuestra apariencia física.⁴ No obstante, ¿por qué prevalece el estigma? Porque aquello observado puede convertirse en una imagen decepcionante y causar dolor, además de que el empeño en transformar lo visto en el ideal de uno mismo puede conducir a la muerte, como le sucedió a Narciso.

Producto de esta paradoja uno se pregunta, ¿por qué se insiste entonces en frecuentar esos cuerpos de agua si existe el riesgo de perderse y no poder regresar a la superficie? ¿Qué promesa o intención nos conduce a ellos? El hecho de que sea irresistible rechazar esa invitación de la que habla Bachelard. Nos agrada reflejarnos en el agua porque así nos reconocemos. Heráclito de Éfeso, desde la Antigüedad clásica, acertadamente dijo que la vida era como el fluir de un río porque ambos se encontraban en perpetuo movimiento, y que un individuo jamás se sumergía en el mismo río pues tanto él como sus aguas ya eran otros. El agua es el tiempo que fluye y donde podemos sumergirnos para rememorar el pasado y configurar el presente que habitamos; aunque esto no es exclusivo del plano filosófico, también en la literatura y en la ciencia existe la intención de explorar el pasado, el origen.

En la actualidad nos sumergimos en los mares en un intento por encontrar el principio de la vida. Un ejemplo, y tal vez el más mediático durante la segunda mitad del siglo xx, es Jacques Cousteau y el equipo de científicos a bordo del Calypso, quienes atravesaron los océanos del mundo para estudiar las profundidades del mar. No cabe duda de que si hoy nos sentáramos a ver el documental *El mundo del silencio* (1956) quedaríamos aterrorizados con los métodos de exploración y avergonzados del poco respeto hacia la vida marina; sin embargo, lo rescatable de este documental es que gracias a él se dieron a conocer, en forma masiva, algunas de las primeras

³ Gaston Bachelard, *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia*, FCE, México, 1978, pp. 83 y 39.

⁴ *Ibidem*, p. 42.





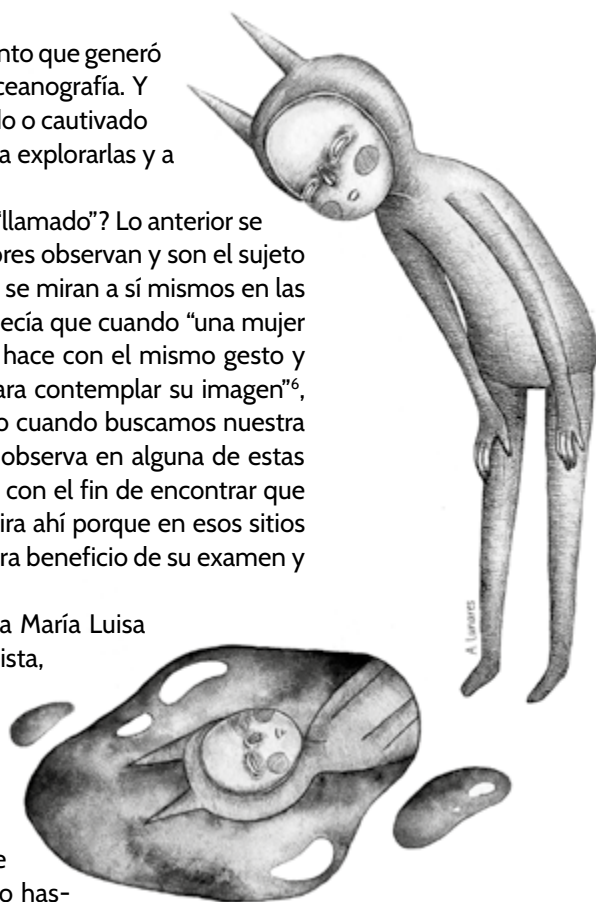
imágenes a color de las profundidades marítimas, portento que generó sensación y provocó que muchos quisieran estudiar oceanografía. Y es que las profundidades del agua siempre han fascinado o cautivado a quien las contemplan, éstas de algún modo “llaman” a explorarlas y a permanecer en ellas.⁵

Pero, ¿son sólo los varones quienes han sentido ese “llamado”? Lo anterior se ha explicado desde una perspectiva en la que los hombres observan y son el sujeto explorador. ¿Qué sucede cuando esos seres femeninos se miran a sí mismos en las aguas y hogares que resguardan? Rosario Castellanos decía que cuando “una mujer latinoamericana toma entre sus manos la literatura lo hace con el mismo gesto y con la misma intención con la que toma un espejo: para contemplar su imagen”⁶, para ver su realidad reflejada en la literatura; tal y como cuando buscamos nuestra imagen sobre el agua cristalina. Cuando una mujer se observa en alguna de estas superficies, además de hacerlo en la intimidad, lo hace con el fin de encontrar que no es un reflejo vacío, carente de significado; ella se mira ahí porque en esos sitios confluyen pasado y presente, la realidad y lo onírico, para beneficio de su examen y búsqueda de su identidad.

La amortajada (1938), novela de la escritora chilena María Luisa Bombal, refleja este pensamiento cuando su protagonista, al evocar distintas etapas de su vida, se sumerge intermitente y figuradamente en las aguas de su memoria para darle sentido a su existencia. Lo novedoso de este texto es que la protagonista no sólo lleva a cabo este proceso conmemorativo postrada sobre su lecho mortuario, sino que, ya muerta, aprovecha ese momento limítrofe para revisar su pasado, ya que sólo hasta ese instante su vida finalmente le pertenece. De igual manera, en esta narración resulta paradójico que el ir y venir de sus memorias defina su imagen y al mismo tiempo la desdibuje, y es que en esta historia el agua, junto con la memoria contenida en ella, nuevamente representa las implicaciones simbólicas del pasado: es fuente de conocimiento, pero al mismo tiempo es motivo de muerte y reabsorción.

¿Esto quiere decir que todas las mujeres que observan su imagen están condenadas a fracasar? Sí, siempre y cuando se crea que ése es su lugar único y definitivo; que las fuerzas telúricas que las ligan a los cuerpos acuáticos dentro de la naturaleza o los espejos (ligados a lo doméstico) no les tienen permitido mirar más allá, salvo dentro de sí mismas. El agua las ayuda a conocerse, a mantener un vínculo con la naturaleza, pero las mantiene cautivas y ensimismadas porque esos lugares se le han asignado simbólica y culturalmente.

A inicios de 2018, la Manchester Art Gallery quitó temporalmente de exhibición *Hylas and the Nymphs* (1896), una de las pinturas más conocidas de John William Waterhouse, como parte de un ejercicio de los curadores y la artista Sonia Boyce que pretendía hacer reflexionar al público sobre aquello que logra (y no) ser expuesto en las galerías. La propuesta fue aplaudida por unos y criticada por otros, quienes vieron



Amanda Lunares. De la serie *Reflejos*

⁵ Justo ahora que escribo estas líneas pienso si el nombre que se puso al barco dragaminas de Cousteau, *Calypso*, no fue un indicio de esa fascinación que el mar provoca en los hombres, pues éste no sólo los entretiene, sino que los mantiene ocupados y alejados largas temporadas de sus hogares, tal y como le sucedió a Odiseo tras naufragar y llegar a la isla Ogiigia, donde se quedó a vivir con la ninfa Calipso por varios años.

⁶ Rosario Castellanos, *Mujer que sabe latín*, FCE, México, 2003, p. 111.

un oportunismo por parte de los galeristas a propósito del #Metoo (que en octubre de 2017 ganó relevancia internacional), pues justamente aquello sobre lo que hacía repensar la ausencia de dicha pintura era la forma en que se había representado a las mujeres-ninfas que allí aparecen: adolescentes desnudas a quienes el agua y los lirios cubren la parte baja del cuerpo, de tez clara, largos cabellos y mirada ausente en algunas. La pintura retrata el momento en que Hilas, al borde de un estanque, está siendo persuadido por las ninfas y jalado hacia el agua; sin embargo, la aparente afabilidad de estos seres oculta otros significados pues, según la curaduría de la galería, el cuadro “se sirve del cuerpo femenino a modo de una simple decoración pasiva o como una representación del deseo femenino como algo mortal”, y en efecto, bajo el supuesto mitológico de que Hilas es seducido y guiado al fondo del estanque y nunca vuelve a la superficie, se entiende que las ninfas sean un motivo de seducción fatal. ¿No resulta curioso encontrar cómo lo femenino “libre” en las aguas se ha ligado a lo engañoso, especialmente hacia lo masculino? Estos seres se han vuelto malvados porque su encasillamiento en la naturaleza, más allá de hacerlas independientes, las limita; sólo existen para cuidar y procurar el bienestar de los demás, mientras que su belleza y su fingido infantilismo son admirados desde lejos.

Actualmente el cuadro ha sido devuelto a su sitio dentro de la galería; no obstante, su remoción cumplió con el propósito de los curadores: abrir la discusión en torno a la representación de las mujeres en esa pintura en particular, pero también dentro del arte. Ésa es la tarea que, en palabras de Gilane Tawadros, necesitan realizar las instituciones culturales: un cuestionamiento hacia sí mismas y hacia sus audiencias por medio de una *autorreflexión* crítica respecto de los *espejos* que cuelgan —refiriéndose a las pinturas— en museos y galerías.⁸

Cabe aclarar que la conexión femenina con el agua no está siempre maldita; cuando ésta se establece a partir de la experiencia directa de las mujeres, de sus descubrimientos y de las sensaciones que provoca en sus cuerpos nadar, bañarse o reflejarse en ella —y no de las creencias o percepciones de terceros— es cuando sus representaciones logran salir del marco, espejo o estanque que las contiene para explorar por sí mismas su alrededor u otras aguas, como navegantes de embarcaciones piratas o científicas (como el *Calypso*). En México, la arqueóloga subacuática Pilar Luna es ejemplo de ello. Nacida en Tampico, ciudad portuaria, desde pequeña estableció un enorme vínculo de amistad con el agua. En entrevistas relata que mientras estudiaba en la ENAH se dio cuenta de que existía una disciplina que conjuntaba su amor al agua y a la arqueología: la arqueología subacuática.⁹ Tras este descubrimiento viajó a Turquía para aprender el oficio y, años más tarde, regresó a México para fundar en el INAH el Departamento de Arqueología Subacuática, del que llegó a ser la primera directora. Allí, Luna se convirtió en la pionera de esta disciplina en México y defensora del patrimonio de sus aguas. Para ella, el patrimonio cultural submarino es una cápsula del tiempo que permite interpretar y conocer el pasado.

Menciono todo esto porque resulta interesantísimo cómo Luna narra de qué manera sumergirse en el agua puede conducir a grandes descubrimientos que no sólo permiten saber un poco más sobre la historia de la humanidad, sino que ayudan a explicarnos y vernos reflejados en lo que alguna vez fuimos. Ella se sumergió en

⁷ Rachel Rabbit, “What’s the Role of a 122-Year-Old Painting in a #MeToo World?”, *Garage*, s.n., 14 de septiembre de 2018. La traducción es mía.

⁸ Gilane Tawadros, “Removing Nymphs from a Gallery Is Provocative –but Does Not Merit Contempt”, *The Guardian*, 2 de febrero de 2018. La traducción y las cursivas son mías.

⁹ Pilar Luna, “Una experiencia de arqueología subacuática en Turquía”, *Arqueología Mexicana*, vol. 22, núm. 132, marzo-abril de 2015.



Nahiby Castro López. Sombrillas

ese elemento durante casi toda su vida para explorar, descubrir, indagar y obtener respuestas porque de esa manera interpretó el “llamado” del agua. En otros casos, estos vínculos pueden llegar a ser muy variados: hay quienes viven del mar y surcan sus aguas sobre grandes transatlánticos y nunca pisan tierra en meses, hasta quienes coexisten con el sonido de las olas pegado a los oídos o dedican su obra literaria a evocar (o invocar) momentos significativos con el agua, como sucedió con María Luisa Bombal. Lo atractivo en los casos de estas dos mujeres es cómo su relación e identificación con este elemento derivó en cauces distintos: uno dirigido hacia la ciencia y el otro hacia la literatura, ambos terrenos que enriquecen el imaginario en torno al agua. En estos ejemplos dicho imaginario resultó positivo y benéfico porque los aspectos simbólicos del agua —fuente de verdad y reconocimiento— permitieron adquirir sabiduría y reflexionar sobre uno mismo. Sin embargo, cabe señalar que esto fue posible gracias a las circunstancias que permitieron que Luna y Bombal tomaran dichos cauces. Y es que en otros casos los vínculos que se establecen con el agua no

¹⁰ WWAP, *Informe Mundial de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo de Recursos Hídricos 2019: No dejar a nadie atrás*, UNESCO, París, 2019, p. 39.

son tan afortunados, como sucede con el acto de acarrearla, actividad delegada en gran parte a las mujeres. Según datos de la UNICEF, en zonas rurales donde no existen servicios de agua entubada o drenaje, las mujeres (especialmente del África subsahariana) emplean “más de 30 minutos en cada viaje para recolectar agua”,¹⁰ sin contemplar además cuántas vueltas deben realizar al día para juntar los litros necesarios para su jornada. Es importante citar este dato, ya que los problemas que arroja no sólo refieren a la carencia de agua, sino que demuestran cómo la recolección de este líquido es, en algunos casos, una tarea asignada a las mujeres por su carácter doméstico: con ella tienen con qué lavar, con qué limpiar y con qué cocinar. Esta práctica es un grave problema, pues no sólo el tiempo invertido en el acarreo es en sí mismo una falta de igualdad respecto de los hombres, sino que las agota y las distrae de otro tipo de actividades como ir a la escuela, llegar a tiempo al trabajo o jugar¹¹; además de que las expone a riesgos cuando salen en busca de agua. En pocas palabras, su conexión con este elemento también las limita en su cotidianidad. Ya se ve que este fenómeno no es exclusivamente artístico...

El agua absorbe la vida y también la erosiona. Cuando las olas del mar golpean una orilla no sólo desgastan su superficie, también provocan derrumbes: esto mismo ha sucedido con las atribuciones culturales y simbólicas del agua. En la actualidad, con la contaminación de la mayoría de los ríos resulta casi imposible verse reflejado en sus aguas; quien vaya con ese propósito quedará desilusionado y horrorizado, aunque probablemente atestigüe, en ese correr de aguas polutas, la realidad en que vivimos, llena de contaminación y depredación hacia los ecosistemas acuáticos. En antaño quedaron las experiencias de nuestros abuelos que iban al río a bañarse, a revitalizarse; hoy muchos de esos afluentes se encuentran contaminados, secos o han sido entubados. De ellos sólo queda el nombre. Las ninfas o *genius loci* que los cuidaban han muerto junto con las personas de carne y hueso que, tanto en México como en otras partes de América, han sido asesinadas por proteger el medio ambiente, su hogar. Los usos del agua han cambiado. Todo esto también configura un imaginario en torno al agua que suele pasar desapercibido cuando romantizamos demasiado su imagen.

En la actualidad también se han erosionado y venido abajo los cimientos de algunos preconceptos que ligaban a la mujer con lo doméstico o que la ataban a la esencia de ser malvado y cautivo dentro de la naturaleza y del espejo. Hoy las mujeres han logrado emerger de esos espacios que las contenían bajo el propósito exclusivo de contemplarlas. Ellas ya no son más la proyección del yo masculino, ya no son una extensión de sus esposos, parejas o compañeros. En el mejor de los casos, algunas mujeres han dejado de ser, por obligación, el espíritu protector del hogar que debía procurar el agua y la vida. Muchas han salido a explorar otros territorios y los sitios que siempre les pertenecieron; no sólo eso, han exhortado a otras a hacerlo, tal y como lo han demostrado las convocatorias del 8M donde se invita a Penélope a salir de Ítaca porque el mar también es suyo. Palabras con las que se refleja que aún queda mucho por explorar y reinventar.

¹¹ Un ejemplo muy ilustrativo de esta exigente labor se encuentra en el cómic *Impacto del Cambio Climático en la selva de Perú* de Teresa Valero, donde se observa cómo mujeres y niñas deben abocarse primero a las tareas diarias del hogar para poder participar, después de toda su jornada, en las actividades de su comunidad. El cómic se publicó en *Revista de la Universidad de México*, núm. 857, febrero de 2020, p. 62.





El traje de baño

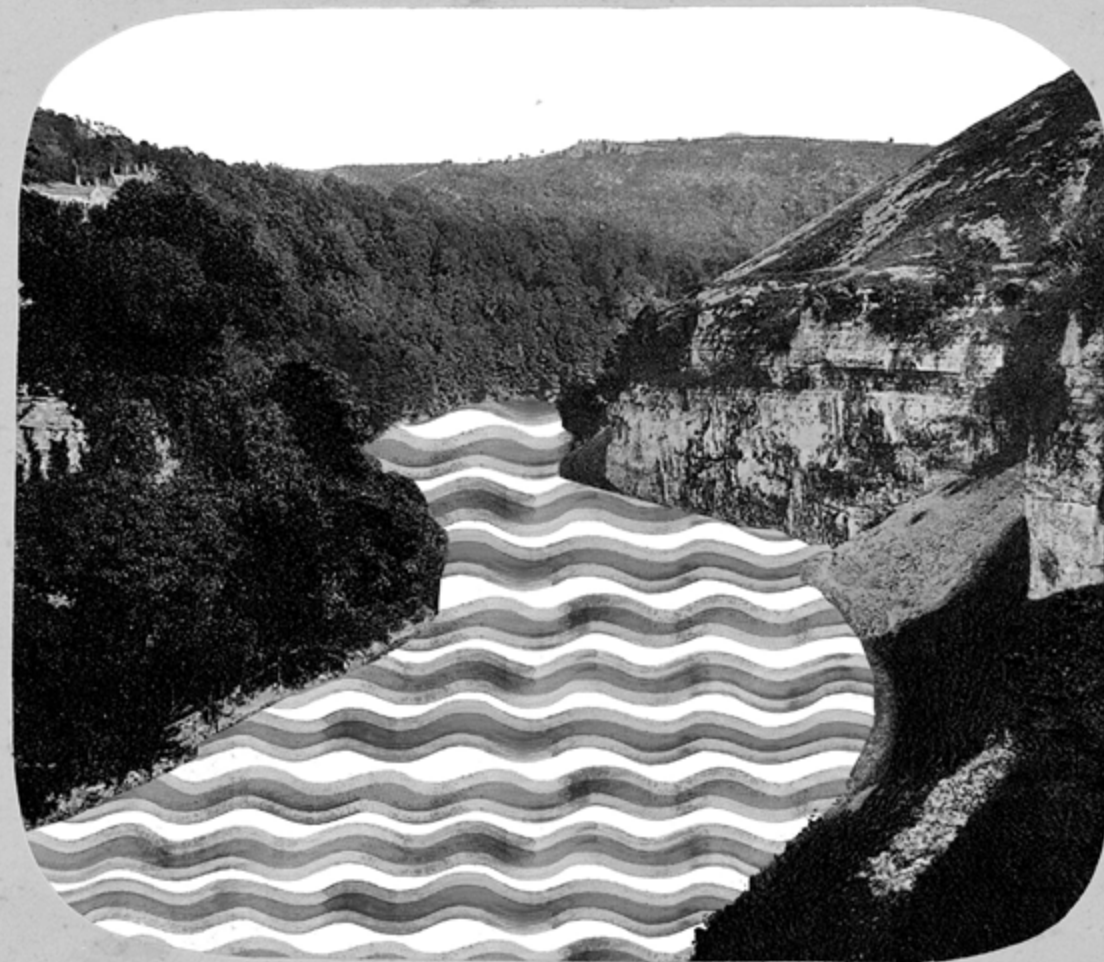
MIGUEL PARPADEOS

EN LA SILLA DEL PROBADOR está un traje de baño mediano y otro grande. Mi padre insiste en que me pruebe los dos, mientras inspecciona con desdén los pocos modelos de lentes de sol que ofrece la tienda del hotel. Lo que no sabe es que, desde antes de entrar a este cubículo, ya sé cuál voy a elegir. Veo mi figura en el espejo. Una masa amorfa y redonda. Qué espanto. Me lo han dicho en sus mentes, frente a mí y a mis espaldas en voz alta. De tanto escucharlos, mis pensamientos lo han repetido y hasta he llegado a pensar que tienen razón. La primera vez que me di cuenta del cuerpo que tenía fue a los seis años, luego de que mi madre les dijera a mis tías que no tardaba en comprarme un corpiño por lo chichón que estaba. Todas se rieron. Yo no sabía cómo sentirme, así que me reí con ellas. Conforme pasó el tiempo, aprendí que los hombres sólo podíamos tener el pecho plano o uno musculoso tras horas de ejercicio en el gimnasio. Mi panza también siguió creciendo. Ahora bajo la mirada y ni quisiera puedo observarme el pito. Intento entrar en el traje de baño que tiene una L en la etiqueta. Me queda algo justo, pero es la talla más grande. Decido vestirme. Me pongo de nuevo esta sudadera grande para ocultarme, para que nadie perciba lo que hay por debajo, y unos pants, porque los que tienen resorte son más cómodos que los de mezclilla. Salgo del vestidor y ahí está mi padre, listo para treparse una hora en la caminadora y utilizar todas las pesas del gimnasio. ¿Cuál te vas a llevar?, me pregunta. Sin verlo, le doy el único traje de baño que decidí probarme. Por supuesto que tengo algunos en casa y que me quedan mejor, pero los dejé a propósito. Sí, claro, estamos en una playa, ¿pero para qué sacar a pasear ropa que no estoy dispuesto a usar en estas vacaciones? Después de pagar por la prenda en la tienda del hotel, mi padre me regaña. No quiero encontrarte de nuevo en el cuarto viendo televisión o en tus videojuegos. Ya tienes qué ponerte para ir a la alberca. Métete un rato y nada, o haz algo para que bajes todo lo que comiste.

Camino hacia las afueras del hotel, hasta la playa. Me siento sobre un camastro, mientras escucho las risas y los chapuzones. Me pongo los audífonos y le doy *play* a la música del celular. Escucho por vigésima vez “Procura” de Chichi Peralta y luego otra más de Los Ángeles Azules. Mis pies se mueven al ritmo de las percusiones y recuerdo la presentación de baile. Tendré dos izquierdos, pero es el único taller de la prepa en el que puedo estar. Me aburre dibujar y no soy tan fuerte o alto para estar en el equipo de básquet o de fútbol. Entre el calor de la tarde y la arena pegada a la piel, me quedo dormido. Despierto y volteo a todas partes. El lugar se encuentra solo. No tarda en subir el sol y que nos pidan a los huéspedes salir de la zona de playa. En los audífonos suena la versión de “Amor de mis amores” de Margarita, la diosa de la cumbia. *Qué bellos son tus celos de hombre*. Me río porque siempre escucho senos de hombre. Volteo una vez más para cerciorarme de que no haya nadie, así que voy a unos sanitarios, me pongo el traje de baño y corro hacia las olas del mar.

Doy unas cuantas brazadas hasta llegar a ese punto donde mis pies aún pueden tocar el suelo y las olas no me arrastran a la playa. Me sumerjo y doy piruetas, aunque el agua salada entre en mis orificios. Floto sobre el mar que me arrulla y miro al cielo. Es otoño, así que a esta hora el cielo rojizo empieza a oscurecerse. El agua se ha vuelto un espejo del cual formo parte. Mi pecho y panza salen de la superficie, pero en este momento no me importa porque siento que estoy en el cielo, que nado entre nubes, y mi cuerpo se convierte en una sombra cuya silueta pierde sentido y halla una nueva en las ondas y curvas del agua, y observo los lunares que siempre han estado ahí, y mi mente teje esos puntos hasta ver constelaciones en mi piel, y ya no estoy en el cielo, sino en una vía láctea y sí, soy enorme y redondo, pero bello como un sol galáctico o una supernova que explota y se expande sin límites, hacia el infinito como este océano que me acoge, profundo y luminoso, y escucho a lo lejos otros de mi edad que huyen de las olas que chocan contra la arena, y me descompongo en un asteroide que se sumerge hasta el fondo, donde no llega la luz, donde nadie me puede ver. Asomo la cabeza lo suficiente para darme cuenta de que han juntado algunos camastros, que no piensan irse del lugar. El estúpido traje de baño está tan mojado que soy pesado y no puedo escaparme del mar con la misma sensualidad que los hombres en las películas. Tengo que gatear mientras me aseguro de que las olas no me bajen el traje de baño y exhiban este cuerpo. Dándoles la espalda, me pongo la playera y huyo hacia el elevador del hotel. Llego a la habitación y, por fortuna, no hay nadie. Me desnudo para meterme a bañar. Le doy *play* a mi celular y Margarita y su cumbia suenan a todo volumen. Me veo en el espejo. Gotas de agua bajan por los surcos que guardan aún la sal de la mar. Contemplo una vez más mi cuerpo. Esa panza, esos pechos. Sí, tiene razón Margarita, qué bellos son, así que me río y bailo con su música como si estuviera en una fiesta.

A la mañana siguiente, después del desayuno, regreso a la playa. No sé si mañana o las siguientes vacaciones lo vuelva a intentar, pero, al menos por hoy, me quito sin temor la playera y entro a disfrutar el calor de la mar. **P**



 Frida Lomán Amaro. De la serie *Que me cante el mar*



Ahogamientos

MARISOL LUNA ZAPIAÍN

Del sueño y otras muertes

Soñé,
madre,
un naufragio la otra noche.

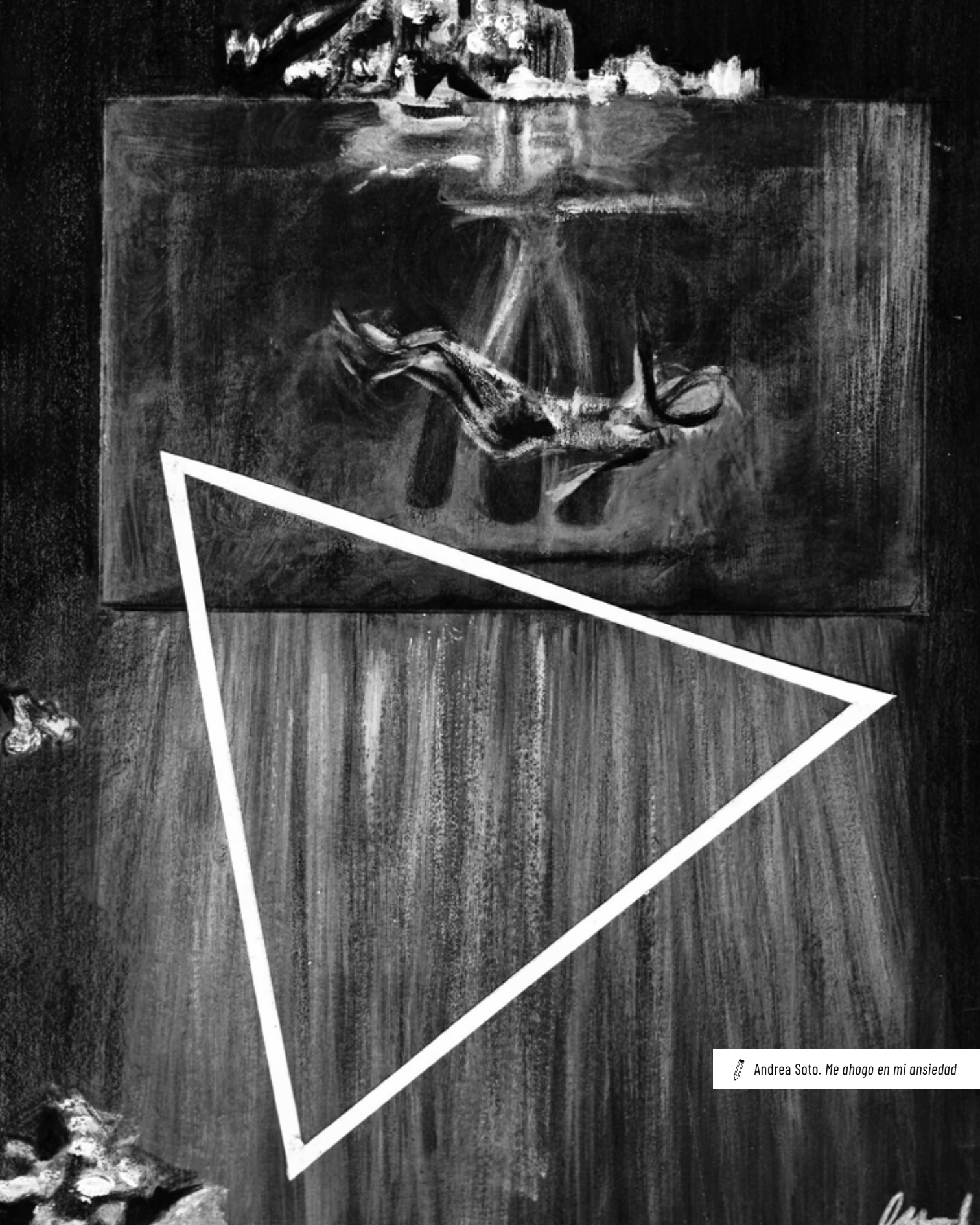
Se alzaba la blancura de las aguas
sobre nuestro rostro.
Hídricos, los gorgoritos,
brumosos de ahogamiento,
no me dejaron despertar.

Apnea

Habrán sido diez kilómetros en mar abierto:
el braceo fatigó mis fuerzas,
el aire extraviado en sus caminos,
y otro cuerpo se abrió paso por mi boca.

Entró inasible el cauce por mis labios,
irrigó con desespero mi laringe,
anegó mi traquea.
Y busqué otra vez el aire con las manos
mientras en cada pulmón
se volvían manglares mis alveolos.

Una con el agua,
amniótica,
estoy lista para mi alumbramiento
a quién sabe dónde.



 Andrea Soto. *Me ahogo en mi ansiedad*



Ruido de fondo para una caída

KENNIA CERVANTES

LA CICATRIZ YA SE está difuminando. Aquella noche de agosto, el aguacero cubrió con un filtro grisáceo la franja de sierra verde intenso que se extendía frente a la ventana. No era la lluvia lo que ensordecía cuando la luz se apagó, era el caudal del río en el que desembocaba, la fuerza alarmante del agua que crece cuando la noche se calla. Debí retractarme, pretextar indiferencia a nuevas sensaciones. Pude haber alegado temor, cansancio, simplemente decir que no cinco minutos antes, cuando el buscador de Google me dijo algo así como “descender por un río, en especial por su zona de aguas bravas” a la pregunta: “¿Qué carajos significa *rafting*?”.

Titubeante, me puse el casco de la valentía, el chaleco salvadignidades y tomé el remo. Era otro ese río, ni el tono, ni el olor ni su música se parecían a la postal del día anterior; había pasado de la insipiente juventud a la férrea madurez en una noche. Pude ahí mismo decir que no, que otros se jacten de la bravura, que otros ostenten la bandera de la intrepidez, que me tachen de miedosa, indecisa, que me juzguen diez minutos; al fin que me olvidarán en diez más, pensé. Pero me subí. Sentada al centro del lado derecho de la balsa comenzó el viaje.

Regué el café dulce que me dieron en un vaso de unicel. El temblor delataba la falta de energía. Mi palidez contravenía al sol de ese momento. No lloraba, no reía, no hablaba. Ya no tenía nada que demostrar. El guía expresaba una sorpresa comercial, estadística: tenía siete años que eso no le pasaba. Es porque sólo éramos tres, le faltaron kilos a la balsa y le sobraron metros al torrente, decía. El del kayak se reía entre nervioso y molesto, había bebido de ese cáliz como todos los demás y evidentemente le incomodaba. Yo miraba el camino que ya de regreso parecía tan corto e incauto.

Me dolía la pierna cerca de la ingle y la cadera. Cuando el río me llevó al fondo, me topé de frente con una piedra oscura, enorme, el dolor venía de ese encuentro abrupto. Las líneas al rojo vivo en los brazos eran cortesía de la rama de un árbol que quedó cubierta por la crecida del río. Ya en la camioneta de redilas, mientras

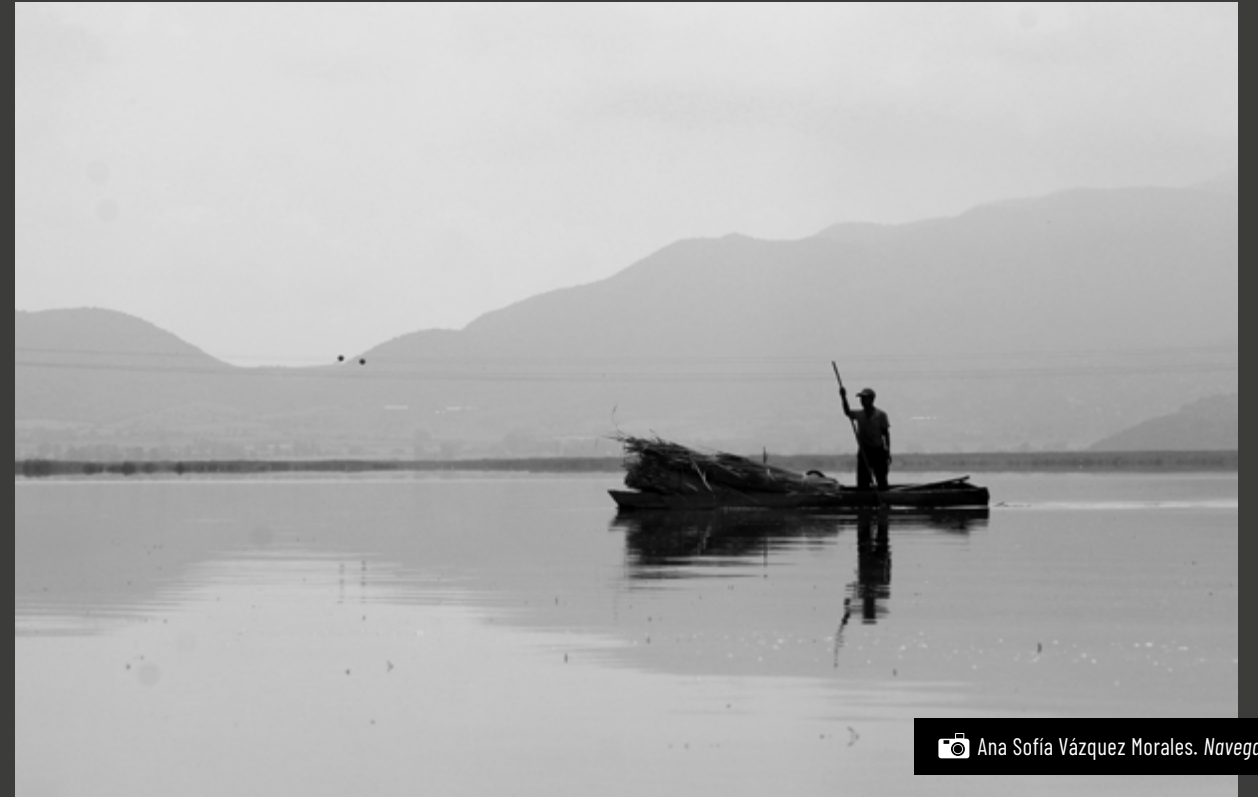
esos hombres se explicaban la Naturaleza, yo disimulaba un zumbido interior que me reventaba los oídos, era toda el agua robada golpeando para salir, como vómito, como lágrimas, como fuera.

Yo no era la misma. No he vuelto a ser la misma. En esos minutos de turba acuática conocí el silencio más abrumador. Descubrí colores que no tienen nombre, que nunca han existido, y vi hojas danzar enloquecidas por la corriente. Compadecí la tierra arrastrada que nunca volvería al mismo lugar. Cuando lograba salir en busca de aire, la deliberada mudez se extinguía y el ruido apabullante del caudal golpeando las piedras me regresaba de una maroma al fondo. Nadie sabe que estoy aquí, pensé, que estuve aquí.

¡Suéltala, suéltala!, me decía el guía refiriéndose a la cuerda que rodeaba la balsa volteada. Con nada más que súplica y pavor en las palmas de las manos yo me aferraba. No diría que entendí la dinámica de soltarla para que él pudiera girarla y ayudarme a salir, eso sería demasiado crédito a mi raciocinio, en realidad soy más del tipo derrotado, así que unos segundos después resigné el cuerpo y me dejé arrastrar.

Se veía mi miedo en la foto que tomaron segundos antes en el *Chupacabras*, el rápido que nos hizo la jugada. ¡Volteen a la derecha, levanten su remo, sonrían para la cámara! Estuve a punto de pagar para que se la quedaran y no me la mostraran de nuevo. Ahora la cicatriz se está desvaneciendo, ya sin moretones verduzcos ni raspones en las primeras capas de piel, sólo queda un incipiente manchón café muy parecido a la mugre.

Algunas noches sueño que vuelvo a la orilla y me lanzo, no es el mismo río, nadie vuelve nunca al mismo río. Las piedras, las ramas, la danza eufórica, los colores sin nombre. A casi todo le he perdido el miedo a fuerza de volver al agua una y otra vez, pero lo que me despierta esas noches, con el grito literal y oníricamente ahogado en la garganta, es ese silencio que nadie conoce, que aquel río, ese día de agosto, se llevó junto conmigo. **P**



Ana Sofía Vázquez Morales. *Navegante*



Ana Sofía Vázquez Morales. *Familia navegando*

[Mi padre es el buque más hermoso]

SAMUEL CANO

Mi padre es el buque más hermoso del mundo
su eco mecánico se percibe en la costa
en las habitaciones más lejanas del departamento

bajo el sol despiadado de la bombilla
acaricio las algas incrustadas en sus ojos
la proa, la cubierta de su barba

paredes de concreto
suena su silbato
regresa a los pilotes del muelle
a responder mandatos del capitán

mi balbuceo en la cuna
parecido al rugido de las focas
al llanto de un cachalote entre glaciares

su foto con mamá en el estante de mi cuarto
los faros del timón
siempre a la distancia.



Drenaje profundo

ULISES FLORES HERNÁNDEZ

*Déjalo. No lo molestes. Los caracoles no
hacen daño y conocen el reino de los muertos.
Tenga para que se entretenga.* José Emilio Pacheco

LA CIUDAD ES EL LUGAR ideal para ejercer su oficio. Hay robos, deudas, mentiras y engaños, muchos engaños. Los culpables tiran la evidencia, esperando que desaparezca entre las grietas de estas viejas y sucias calles. Sin embargo, Santiago Azuela la recupera y entrega a la persona que lo haya contratado. Como es de esperarse, siempre por un precio justo. Esto es lo que le da el pan de cada día.

Cierto día, su rutina holgazana se interrumpió cuando llegó un sobre a su despacho. Aquello le sorprendió debido a que el paquete estaba dirigido a él y no a su oficina ubicada en la colonia Santa María la Ribera. Y es que a quienes conocían su identidad la ciudad los devoró, y otros más han dejado de existir.

“Los años de gloria han terminado, si es que alguna vez hubo años de gloria”, pensaba Santiago mientras concebía la posibilidad de que quizá, el contenido del sobre, fuese el medio para devolverle un poco de brillo a su alma desgastada, cansada de las interminables jarras de café acompañadas de una que otra coquita no retornable. Sin duda, un desayuno de campeones.

El dinero dejó de fluir hace tiempo, los casos productivos también. La lucha por vencer el conformismo le impulsó a abrazar el genuino interés que le provocaba el sobre misterioso. Al abrirlo, sus ojos vislumbraron una hoja de papel, la cual tenía pegada una nota adhesiva escrita a mano:

Sr. Santiago Azuela:

Le hago entrega de un reporte policiaco. Si decide tomar el caso, acuda a la dirección y hora que se encuentran indicados al final de éste. Absténgase a estas indicaciones, sin pedir ninguna explicación hasta la reunión. Apelo a su profesionalismo.

Santiago hizo a un lado la nota con cierto aire de intriga, mientras desplegaba la hoja sobre su escritorio. Dando un rápido sorbo a su coquita, se adentró en la lectura, coqueteando animosamente con la idea de que alguien necesitaba su ayuda.

México, Distrito Federal, viernes 14 de mayo de 2010

El pasado 10 de mayo de 2010, la familia Chon Gasser regresó a su hogar ubicado en la colonia Guerrero (Moctezuma 54), alrededor de las 10:04 p.m., después de pasar un día en la Feria de Chapultepec. La hija, Alejandra “N” de seis años, ingresó al baño,

 Amanda Lunares. De la serie *Reflejos*



ubicado en el segundo piso de la casa. En las declaraciones del padre, la madre y el hermano mayor, éstos confirmaron que se reunieron los tres en la sala al escuchar el fuerte sonido de “algo” quebrarse.

Cuando el impacto se repitió, ubicaron que provenía del baño. Al abrir la puerta advirtieron que la pieza de cerámica había sido lanzada de adentro hacia afuera de la tubería, dejando en su lugar el agujero que conecta al drenaje. La niña no estaba en el baño y la llave de la regadera seguía abierta. En la declaración de los padres, ambos pensaron que de algún modo su hija había roto la taza, y al temer por su castigo, se ocultó en la casa. No obstante, la ubicación de la menor es desconocida.

Tras el rapto de carácter inexplicable, la madre se desmayó y el hijo se encerró en la habitación de su hermana. Al cuestionarle por qué hizo tal acción, el joven respondió, y cito en el reporte: “Para que los ángeles la devolvieran”. Fue cerca de las 12:03 a.m. cuando el padre decidió llamar a la policía. Hasta el momento no se han encontrado evidencias del paradero de la menor, del secuestrador o de si la familia está involucrada.

Si decide tomar el caso, acuda a la avenida 20 de noviembre, frente al Zócalo, a las 3:00 a.m. Sin acompañantes.

Santiago arrojó la hoja sobre el escritorio y se sobó la sien como si estuviera a punto de darle un dolor de cabeza. Ya había leído suficiente basura y aún no era mediodía. Fue entonces que comprendió que una cosa era tomar fotografías de un padre de familia con su amante en un hotel de Tlalpan, y otra lo que tenía frente a él.

Observando el resplandor de su ventana, sus pensamientos divagaban al estar seguro de que se encontraba ante un verdadero caso de investigación. Y es que su mayor éxito residía en haber hecho una cobertura especial del “extraño caso del hombre pan”, que derivó en el famoso Juicio del Siglo en la incinerada delegación Cuauhtémoc, orden por encargo del periódico en el que trabajaba. Pero si alguien consideraba su ayuda, debía de estar al tanto de eso.

“Los viejos días han regresado. Han venido a mí para concederme una segunda oportunidad”, creía Santiago, mientras daba un puntapié a la torre de periódicos que bloqueaba su camino. Como si estuviera por iniciar un ritual, fue a su armario para añadir a su gastada gabardina un par de zapatos de color negro, una camisa blanca, un paquete de cigarros y un celular de tapa. Al estar vestido para la ocasión, acudió a Shangri-la, un restaurante tipo americano cuyo mayor error, según él, era que no estuviera abierto las 24 horas por si en algún punto de la noche el apetito nocturno se hacía presente.

Ocupando su mesa favorita, Santiago se revitalizó con un insumo calórico especial que incluía la torta cuádruple de chorizo, un club sándwich triple con papas a la francesa, un cuernito doble con relleno de mermelada y un licuado de mamey sencillo. No obstante, a pesar de su magno festín, había una segunda razón para acudir al restaurante; por falta de espacio, se veía en la necesidad de estacionar frente al Shangri-la su Ford LTD 1978 color negro, único recuerdo de su padre.

Inició el viaje entre Buenavista e Insurgentes, y condujo en dirección a la Ciudadela. Y es que, con cada mordida a su desayuno había llegado a la conclusión de que sus únicos aliados por el momento eran la Biblioteca de México y su estupenda

hemeroteca. Si la desaparición había sido publicada en medios impresos, podría tener detalles especiales antes de su cita secreta.

Al descender de su auto Santiago se sintió observado por la biblioteca, pues su fachada gritaba haber sido, durante la Independencia de México, el Parque General de Artillería, y ahora, en su interior, murmuraba ser un recinto dedicado al resguardo de la imaginación citadina. No obstante, para su desdicha, su corazonada se quebró: quienes estuvieran llevando la investigación habían logrado que nada se filtrara. Sentado en su silla, Santiago apuntó su mirada al techo de la biblioteca; el enorme vitral dejó su mente en blanco, permitiendo que un destello de inspiración cruzara su mente.

Con una concentración religiosa, leyó cada periódico de los días posteriores a la desaparición de la niña. Para su sorpresa, encontró dos notas publicadas por *El Universal*; en un pequeño recuadro casi olvidado se reportó la desaparición de un niño de tres años y, en otro, había uno dedicado al robo de una niña de nueve. Sin embargo, ninguno ofrecía detalles de cómo o por qué habían desaparecido, salvo la dirección del suceso, acompañada de una fotografía del lugar.

Sin tomarse la molestia de fotocopiar los periódicos, Santiago guardó los ejemplares en el bolsillo de su chaqueta, pero ante la mirada incómoda de un policía, salió corriendo para abordar su auto y llegar a la primera dirección del rapto: un kínder no oficial, debido a que en realidad era una casa, ubicado en la calle Caruso de la colonia Peralvillo, con sellos de clausurado en puertas y ventanas.

Al tocar el timbre salió una señora que se identificó como la conserje, y en un tono precavido cuestionó la presencia de Santiago; éste, valiéndose de su ingenio, se identificó como trabajador de la delegación, que lo enviaba para confirmar lo ocurrido. La conserje lo dejó pasar. En la sala, acompañados del fervor de una olla cociendo tamales, la señora reveló que la directora de la escuela se había fugado para no enfrentar cargos por homicidio culposo; su avaricia por aumentar la colegiatura la orilló a improvisar una piscina en el jardín. El plan había dado resultado, hasta que la diversión se truncó cuando uno de los niños olvidó su juguete favorito en la alberca.

La insistencia del niño logró vencer a la joven maestra para que le diera permiso de regresar y rescatar su juguete. “Es una misión de segundos”, fueron las últimas palabras que la conserje aseguró escuchar del menor, puesto que el niño no regresó. La hora de salida llegó. Todos los niños corrían para encontrarse con sus padres, menos uno.





La madre, al no tener una respuesta del paradero de su hijo, llamó a la policía. La maestra, entre sollozos, relató lo que había sucedido, pero sin tener alguna evidencia del secuestrador, sólo quedó un lugar por revisar: el drenaje. Los bomberos, al abrir la alcantarilla, encontraron un juguete, que la madre confirmó pertenecía a su hijo.

La conserje rompió en llanto, pidiendo a su invitado retirarse, pues si alguien se enteraba de su presencia podrían retirarle el permiso especial para que siguiera viviendo en el lugar. Santiago se retiró, no sin antes hacer una parada especial en la zona del rapto. A primera vista era sólo una alberca en desuso; al brincar a su interior, se percató de que la coladera, antes de la intervención de los bomberos, mostraba señales de haber sido abierta de adentro hacia afuera. Igual que la taza del baño.

El Estado de México fue escenario del segundo caso. El calor aumentaba conforme avanzaba la tarde y el ventilador descompuesto de su viejo Ford no ayudaba a mitigarlo. Un camino de terracería llevó a Santiago a un callejón, que recorrió hasta detener su auto en la última casa a la izquierda. La misma que aparecía en el periódico.

Antes de tocar el timbre, salieron un hombre y una mujer. Santiago, usando la misma mentira, logró ser invitado. Ambos relataron que a su hija, tras cumplir nueve años, la enviaban todas las mañanas a tirar la basura al canal, y por las tardes permitían que jugara con los demás niños de la calle. Sus juegos infantiles, casi todos, consistían en correr uno tras del otro y ocultarse en la espesa yerba que crece en la orilla del canal. Pero desde hace días su hija no había regresado.

Los niños aseguraron que ella, por su cuenta, se escondió dentro de la boca de una tubería sin uso. Cuando la noticia se propagó cuadas a la redonda, una niña de cinco años afirmó que el hombre del saco se la había llevado. Los vecinos llamaron a la policía, pero al llegar las autoridades únicamente dieron un rondín para después no regresar. La madre añadió que a secas fueron noticia cuando, al amanecer del día siguiente, se vislumbró un cuerpo flotando en el canal. Bomberos, policías y reporteros llegaron, pero todos se fueron al constatar el cadáver flotante de un perro abatido en una pelea callejera. Sin decir más, el esposo le ordenó a Santiago salir de su casa cuando la madre comenzó a llorar.

“Tres niños desaparecidos y una ciudad indiferente a lo ocurrido. No cabe duda de que los viejos días han regresado. Han venido a mí como un perro fiel al perseguir a su amo por las verdes praderas del verano. Pero esto dista mucho de ser un paseo por el campo. Ésta es la ciudad en la que vivimos” se decía Santiago mientras conducía de regreso a la ciudad.

Con cautela, aguardó en la avenida 20 de noviembre dejando los faros delanteros en luz baja. Comiendo cacahuates, se dejó arropar por la estupenda vista del Zócalo en compañía de Universal Stereo, sin embargo, la programación nocturna se acabó. Santiago apagó la radio cuando apenas iniciaba “Space Oddity”, pues la voz de David Bowie no previó la silueta de una sombra que se acercaba; en la extraña figura, al ocupar el asiento del copiloto, Santiago reconoció a su incógnito amigo.

—Lamento que nos veamos así —dijo el visitante ingresando al auto, ajustando su bufanda en el proceso—. Ya me arrepentí, la próxima vez será en una plaza, *brother*.

—Sólo espero que valga la pena, te desapareciste desde que se te subió a la cabeza tu nuevo puesto en la fiscalía —respondió Santiago, ofreciendo una sonrisa a su visitante, para enseguida acompañarla de un animoso abrazo—. Me da gusto verte... no así, pero tú me entiendes.

—Mis padres sí que me amolaron al no cambiarme de secundaria cuando tuvieron la oportunidad —añadió el amigo, dibujando una sonrisa nostálgica—. Y aunque también me da gusto verte, no estoy aquí para ir al cine, sino para decirte que en realidad son 50 niños desaparecidos. Nadie tendría en la mira este caso de no ser porque uno es hijo de un diputado. Ya te imaginarás que al comenzar a investigar salieron los demás.

—¿50, dices!? —exclamó Santiago, intercambiando su sonrisa por una mueca de agría sorpresa—. ¿Tú estás llevando esto? ¿Por qué no se ha anunciado?

—No. Sólo sigo órdenes. Y la principal es que nadie en la ciudad lo debe saber. No creo que sea lo mejor. Aunque hay una plantilla dedicada a la investigación, creen que si sale a la luz, la ciudad no lo resistirá. Por eso te llamé.

—¿Acaso quieres que me una a las filas de tu burocracia?

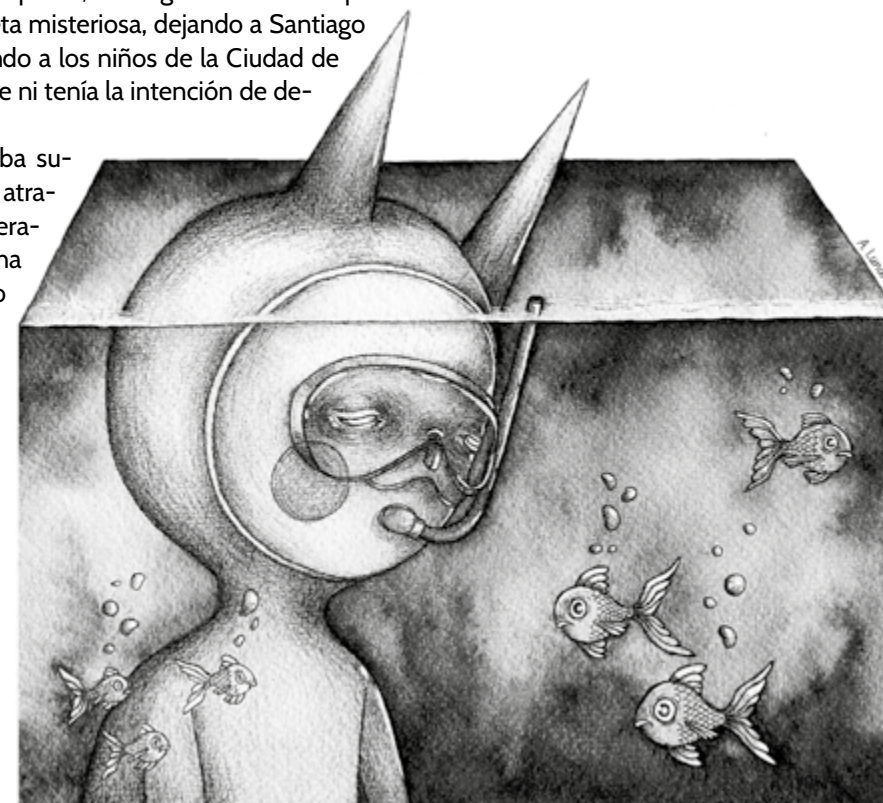
—Al contrario. Un par de ojos nuevos nunca están de más. Necesito ojos que no se rijan por el protocolo. Por procesos. Por expedientes secretos —dijo el amigo, sacando del interior de su chaqueta una carpeta—. Sé que algún día volveremos al cine y reiremos, como en nuestra infancia, pero hoy podemos hacer una diferencia.

Arrojando una carpeta al asiento del copiloto, el amigo salió del auto para transformarse de nuevo en aquella silueta misteriosa, dejando a Santiago con la idea de que algo se estaba llevando a los niños de la Ciudad de México. Quien fuera, no parecía amigable ni tenía la intención de devolverlos.

En su departamento, Santiago estaba sufriendo. La temporada de lluvias se había atrasado debido a una ola de calor. La temperatura le impedía conciliar el sueño, la lucha con las cobijas era una pesadilla. Decidido a dormirar usando su sofá reclinable, encendió la televisión. Al cambiar de canal, sintonizó TV UNAM:

...El valle de México se encuentra en un viejo sistema lacustre. Dentro, hay cinco grandes lagos: Chalco, Texcoco, Xaltocan, Zumpango y Xochimilco. En temporada de lluvias estos lagos se desbordaban y creaban un solo lago que alcanzaba una superficie estimada en dos mil kilómetros...

Aquellas palabras comenzaron a arrullarlo. Y es que la desvelada le estaba pasando la factura con intereses incluidos.





Entre el comienzo del sueño y el fin de la realidad, Santiago empezó a ser uno junto con el televisor...

...Del 12 de febrero al tres de marzo se celebraba el Atlcahualo, días en los cuales se veneraba al Tlaloc. Una docena de niños eran adornados del modo más bello posible. Sus prendas asimilaban el estilo de Tláloc, dios de la lluvia. Los niños eran llevados en camillas cargadas por danzantes, mientras eran venerados con flores y plumas. Su destino final era la cima de la montaña sagrada, en donde eran sacrificados al sacarles el corazón en una ceremonia oficiada por sacerdotes...

Santiago intentó apagar la televisión, no quería escuchar detalles sobre niños sacrificados elegidos por un poder divino, pero el control no respondió. Al verse obligado a levantarse para apagar la televisión, escuchó un poco más en el trayecto.

...Aquellos sacrificios dedicados a sus dioses eran a petición de tener lluvias intensas el resto del año para sus cultivos. Los niños podían pertenecer a la nobleza o ser esclavos...

Silencio. Silencio era lo que necesitaba. Con la plena decisión de zarpar al mundo de los sueños regresó a su sillón, pero al sentarse sonó su teléfono de tapa. Era un mensaje de texto. Su amigo informaba otro raptó. Sintiendo una obligación más moral que laboral, se frotó los enrojecidos ojos para dar comienzo a la investigación.

La oportunidad de resolver el primer caso importante en su vida se deslizaba entre sus dedos, mientras se encontraba rodeado de comida china y refrescos. Nada parecía tener sentido. Los lugares de los raptos, al igual que las víctimas, no tenían una relación. Ricos y pobres del viejo Distrito Federal eran víctimas de este fenómeno. Todos, sin duda, eran casos aislados provocados por una misma fuerza que se burlaba de todo aquel que intentara resolver el enigma. Su coquita, el único testigo efervescente de su trabajo, y la comida rápida, el amigo silencioso a la hora de la cena.

Tras días sin salir, sintió la necesidad de recordar que aún vivía en la tierra. Subiendo a la azotea, admiró el horizonte de una tarde calurosa, que exponía de lejos a la Torre Latinoamericana. Una vibración interrumpió su momento de paz. Su celular había recibido un mensaje; era otro infante, pero esta vez no se lo habían logrado llevar. Además, requerían su presencia. Santiago, queriendo conservar en su corazón el paisaje urbano, supo que era tiempo de regresar al trabajo. Montado en su Ford 1978, disfrutaba de una nueva coquita, la cual representaba la única arma contra el calor que emanaba del tráfico vehicular. Al detenerse por un semáforo en rojo, comenzó a notar que abundaban las reparaciones de obras hidráulicas. Eran casi como una plaga que perturbaba la tranquilidad del subterráneo de la ciudad.

En Tlatelolco, Santiago salió de su auto para ser recibido por una brisa calurosa. Intentando encender un cigarro, vio de reojo una coladera abierta. Dentro de ella, una oscuridad parecía observarle. Al no lograr encender su cigarro, lo tiró dentro del agujero e ingresó al edificio que se encontraba a un costado del teatro María Rojo. Al llegar al departamento, la puerta estaba abierta.

La familia se encontraba en la sala, acompañada de policías, quienes tomaban fotografías de la niña, al tiempo que un par de paramédicos atendían el rostro ensangrentado de la madre, mientras que el padre era entrevistado por el amigo. Santiago, al asomarse al escenario del ataque, vio que el baño era una zona de guerra; el lavabo

había sido arrancado, exponiendo la cañería, el espejo estaba estrellado y con manchas de sangre, y el área de la regadera no paraba de expulsar aguas residuales.

Al regresar a la sala, se topó con una serie de fotografías de la familia, mientras de fondo escuchaba la declaración de la madre, quien, a pesar de sufrir un ataque de pánico, relataba con coherencia que, al ocurrir el asalto, preparaba el baño de su hija mientras daba los últimos toques a la cena, teniendo a su esposo viendo un partido de fútbol. La mujer, gritando a su hija para que se apurara, ingresó de nuevo al baño para encontrarse con la figura inmóvil de un hombre, con el rostro cubierto con un pasamontañas y vistiendo una gabardina, en la esquina del baño.

El hombre, al darse cuenta de su presencia, comenzó a hacer extraños movimientos con su cuerpo como si sufriera un ataque epiléptico, alcanzando a la mujer para estrellar su rostro en el espejo, aventarla fuera y cerrar la puerta de golpe. La madre, quien no había sabido responder a la escena, empezó a gritar; mientras su esposo llegaba, la mujer declaró escuchar que del otro lado de la puerta surgía la voz de algo, y dijo algo, y no alguien, porque los ruidos que emitía no parecían humanos. El marido, armado con una escoba, abrió la puerta; el baño estaba destruido, pero no había nadie. La madre comenzó a llorar, y su hija, al verla, también lo hizo.

Santiago, al terminar de ver las fotografías que exponían a la familia en tiempos mejores, no entendía cómo podía existir una persona capaz de hacer algo así. ¿Qué conciencia podría llevarse un hombre a la hora de dormir, al meditar las terribles acciones que ha cometido? Pareciera que cada uno de nosotros tiene un drenaje profundo dentro de sí mismo. Un lugar en donde arrojamos nuestros errores y malas acciones, esperando que nunca regresen. Al igual que el agua al esfumarse por la tubería del lavabo.

Los pensamientos de Santiago se interrumpieron cuando la niña dijo a su madre:

—Mamá, mamá, hazme caso, mamá. ¿Puedo ir al baño?

—¡Por supuesto que no! —exclamó su madre, esperando que la niña desistiera de tal petición.

—Pero me anda mucho, mamá, por favor, será rápido. Hazme caso, mamá —la madre aceptó. Había ocurrido algo horrible, pero al parecer, nada malo podría pasar.

Y en efecto, nada malo pasó, hasta que se escuchó gritar a la niña. Algo había escapado con ella al abrir y azotar la puerta del departamento. Nadie supo cómo reaccionar, excepto Santiago, quien, al observar los ojos de su amigo, salió corriendo mientras algunos policías intentaban informar lo ocurrido con su radio.

Al llegar a la plaza del metro Tlatelolco, Santiago vio personas caminando tranquilamente. El sol se ocultaría en unos minutos y la visibilidad sería casi nula. Fue entonces cuando lo vio: un hombre con el rostro cubierto con una bufanda y sombrero, vistiendo una gabardina, iba corriendo con la niña en los brazos. Santiago corrió tras él. Pero a la altura del ágora de Tlatelolco perdió el rastro. Ajenos a la situación, una familia intentaba bajar su balón de un árbol, y unos jóvenes jugaban básquetbol. El único elemento extraño de aquel paisaje urbano era la tapa de una coladera.

Intimidar, engañar y embaucar. Eso es lo que hacía el secuestrador. Pero no se lo permitiría. No volvería a jugar su juego. Santiago Azuela, al negarse a regresar por donde había llegado, abrió la coladera y se adentró en el drenaje de la ciudad.

Dentro del desagüe no tenía otra opción que correr, a pesar de sentir que su coordinación estaba flaqueando, en medio de un olor insoportable pero inevitable. No muy delante de él, entre las ratas, la basura y el agua sucia, vislumbró la silueta de una persona que caminaba. Bufando, Santiago le gritó y la silueta volteó; ambos se detuvieron y se observaron. El secuestrador, con la niña en sus brazos, abrió una pequeña puerta que se encontraba a un costado del túnel para desaparecer con ella.

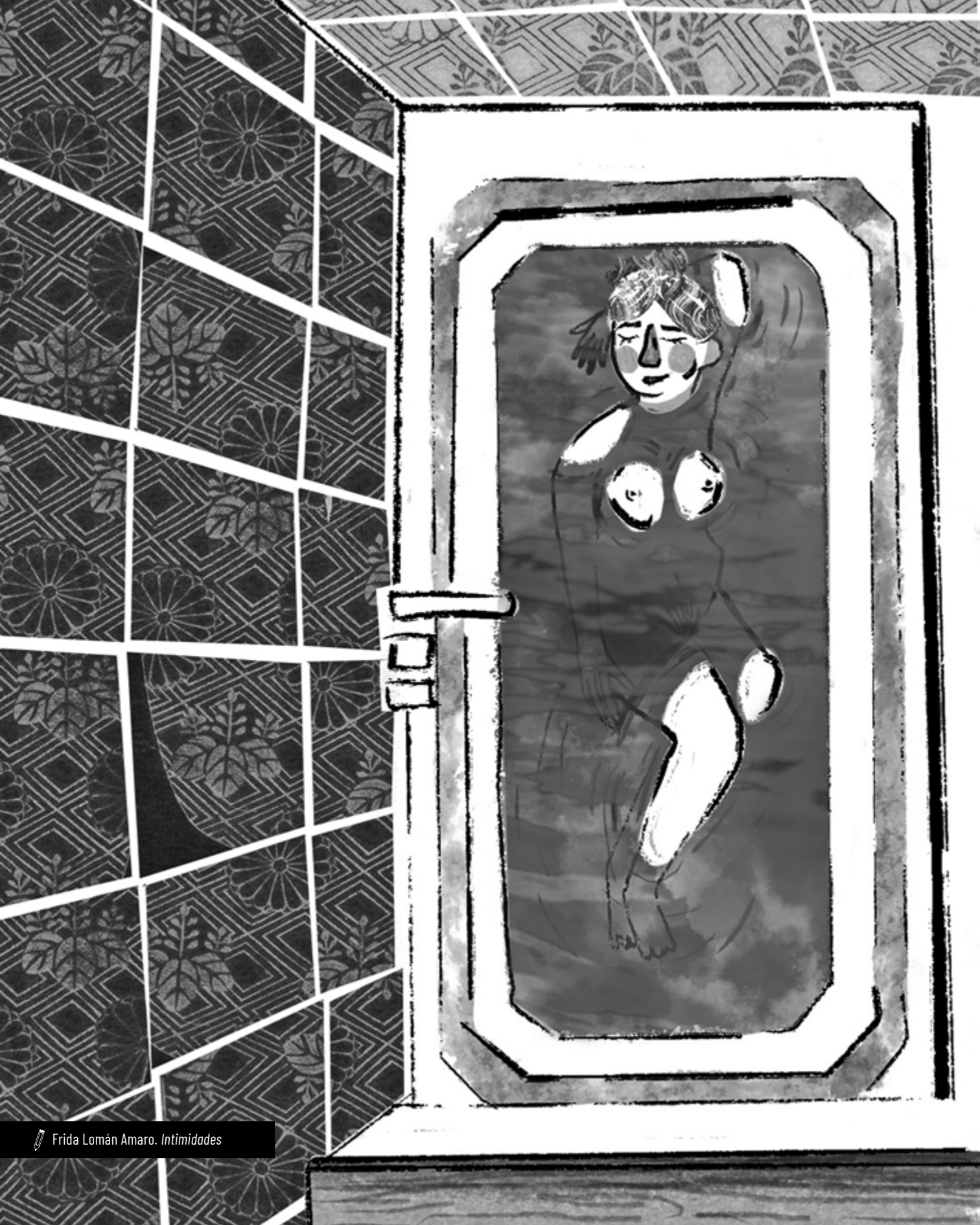
Santiago, jadeando como un perro, usó su celular para informar a su amigo que se encontraba en persecución, pero se percató de que no tenía señal. Furioso, lo arrojó al suelo, lamentando todos esos años en los cuales repudió ser dueño de un aparato de mejor calidad. Al cruzar la pequeña puerta, Santiago distinguió que ya no estaba en el drenaje de la ciudad, sino en el túnel del Metro. Las pocas farolas a los costados iluminaban su camino entre los rieles para continuar con la persecución.

El peso de la niña dificultó el ritmo al secuestrador y se vio obligado a bajar su velocidad. Santiago, dando lo último que quedaba dentro de su cuerpo, corrió con gran intensidad, sin importar el dolor de caballo que sentía en el abdomen. Estaba a un par de pasos detrás de él. Era todo suyo. Pero al intentar brincar de una vía a la otra para lanzarse sobre el secuestrador, el alcohol, los cigarros, sus coquitas y la comida china que había consumido por años jugaron en su contra al interrumpir su coordinación. Santiago se resbaló. Su mano, al tocar la barra guía de las vías, electrocutó su cuerpo, dejándolo inmovilizado.

El aire dentro del túnel comenzó a hacerse más espeso. Esto dio origen a una ventisca que terminó por arrebatar al secuestrador su sombrero y bufanda, desabrochando en el proceso su gastada gabardina. Antes de perder la conciencia, lo último que Santiago vio fueron dos cosas: la luz blanca del vagón del Metro acercándose a él y al secuestrador.

A éste, mientras ingresaba a otra puerta secreta en medio de las vías, el resplandor del convoy lo develó como una criatura de cuerpo emplumado con extremidades de color verde y rojo. En su rostro albergaba dos grandes colmillos de los cuales salía una larga lengua con forma de serpiente. Sus ojos, totalmente negros, le miraban con frialdad, al tiempo que sus manos, en forma de v, cargaban con firmeza a la niña, quien gritaba y lloraba. Santiago, antes de desmayarse, sabía que esa criatura estaba regresando a su hogar, ubicado en el drenaje profundo. **P**





El arte de llorar en la regadera

MARIANA CAMACHO CRUZ

TUVISTE UN MAL DÍA, las lágrimas ya han hecho una larga fila para salir desordenada u ordenadamente de tus ojos, según se los permitas. Las retienes, usando una gran señal de alto en el transporte público mientras tu mente te engaña y proyecta cada detalle de la situación que te dejó así. A veces piensas que la mente es el elemento más malvado de nuestro cuerpo, siempre nos traiciona, nos hace recordar cosas que preferiríamos olvidar y no aquellas que amaríamos revivir.

Tus ojos no pueden contenerse más, las lágrimas se están empujando unas a otras, intentando ser las primeras en salir y desatar el llanto. Una es tan ágil que logra escapar, recorre el camino hacia tu cachete, pero tus dedos le cortan el paso. Qué agotador es tener que reprimir al cuerpo.

Llegas a tu casa, tan sólo una se te ha escapado. Dejas tus cosas tiradas por ahí, tomas tus toallas y sales corriendo al baño. La memoria te traiciona otra vez, se te ha olvidado el teléfono para poner canciones tristes y que los sollozos se oculten tras sus melodías.

Cierras la puerta, pones la canción más dolorosa que encuentras y das la señal para que las lágrimas al fin puedan liberarse. Abres la llave de agua caliente y mientras las primeras notas hacen eco en el baño, empiezas a ver todo desde un lente cristalino. Te ves al espejo, no te reconoces, ¿cómo has llegado aquí? Esperando a llorar bajo la luz tenue de la lámpara, deseando quitarte el peso de la tristeza y dejarla afuera de la cortina que separa lo seco de lo mojado, lo remediable de lo irremediable.

Empiezas a quitarte la ropa, tratando de no caer mientras tu cuerpo se va debilitando por el esfuerzo que hizo al contenerse y ahora poder liberarse. Entrás a ese espacio cerrado, caliente, sólo tú y el agua. Tienes que arrodillarte, las lágrimas están siendo un poco bruscas. El deseo de ahogarte con el agua que cae sobre tu cuerpo desaparece al imaginar que todo se irá cuando cierres la llave.

Sientes la paz de que ahora el agua que corre por tu cara no sólo proviene de ti, es la que va cayendo del cielo que cubre ese pequeño lugar. El sabor a salado desaparece. Las gotas de tus ojos y las de la regadera se unifican y es imposible identificar cuáles son de un corazón roto, una discusión familiar, un rechazo laboral, una despedida repentina o de la tubería. El agua cura las heridas que no se pueden hablar, la música esconde la vulnerabilidad, es como si ese lugar estuviera hecho para verse desnudo, para dejar que al agua abrace cada pliegue de tu piel, para limpiar cualquier rastro de tristeza.

Después de tardarte más de lo normal recorres la cortina, y a modo de despedida se pega a tu cuerpo en forma de susurro. Te ves al espejo, tus ojos no están hinchados, has dejado que el agua se llevara aquellas intrusas que hacían que todo se viera un poco más gris. Sales, nadie sospecha que el agua que acaba de desaparecer por el caño contenía cientos de lágrimas tuyas. Te sientes limpio. ❶



Ciclo del agua

ÁNGELA ALMENDRA ALMONACI BUENDÍA

I

Soy dios
cuando lavo los trastes
[veinte minutos de lluvia torrencial]
la vida que brota se me va por la coladera
y le lloro
hasta que quede limpio el último plato.
Antes de empezar aprendí que no hay dios
que quepa en el hueco del desagüe.

II

Tengo la nariz tapada
[las fosas]
me pregunto
cómo habrán olido las aguas negras
hace quinientos años.

III

He empezado a notar el océano que me rodea
miados de gato.
Antes de mí hubo veintiún naufragios.
En la isla de cartón
hay un olor que parece nunca disiparse.



IV

Nunca aprendí a nadar
en la cubeta de fabuloso morado
que mamá preparaba todas las mañanas.

V

Aquí sentadas
sólo existe una certeza:
sobre nosotras se cierne una inmensa nube
de clarasol evaporado.

El día que le dé por llover
sé que nos vamos a extrañar mucho.



Ofelia flotando en el Guayas

SAID VLADIMIR RAMÍREZ TÉLLEZ

📷 Claudia Santos



HUSMEANDO, BUSCANDO, CAPTURANDO la esencia de la ciudad, observé el cadáver flotando de una mujer en el río Guayas, a la altura del muelle del barco Morgan, en el Malecón Simón Bolívar. Al observarla, llena de prendas en su perfección, imaginé su historia. Un supuesto estudiante se enamora de ella a instancias de los parientes que ven en él un buen partido. Intenta resistirse, pero es inútil ante la agresión sexual del proxeneta. Ella es tan bella y el mundo tiene dientes. La mujer decide huir, pero el asedio constante se lo impide. Entonces, resuelve morir para conservar su dignidad y no caer en una espiral descendente. Se lanza al Guayas. Los remolinos la ahogan, las crestas la sepultan, el agua la devora. Su cadáver llega al Pacífico, donde el río muere.

Muerte por agua, muerte en el Guayas. Crestas de luto azulado rayaban su inquieta superficie. Abajo del calor estaba el frío. Vivir en medio de otro país, dormir, comer, meditar, fotografiar. Pasé junto a la multitud. Su variedad no era infinita, su belleza tampoco. La confederación de las almas en Guayaquil. Me preparé para presionar el disparador. Sentenciosa la voz de una poeta arribó a mi cabeza: “Sobre las olas el cuerpo de Ofelia viajaba ausente de todo conflicto. Incluso ella, abatida y con las flores que apretaban sus manos, parecía impoluta navegando hacia el sueño eterno”. 📍





Gogorrón

ANDREA ORTIZ MORALES

VENIMOS A GOGORRÓN por un fin de semana entero al menos dos veces al año. Me gusta venir, me gusta escapar de la escuela y las tareas. Me gusta, sobre todo, echarme por los toboganes... Este balneario tiene su propio hotel, es un edificio de un piso, las habitaciones son como cabañas pequeñas. Creo que mi mamá, mi hermano y yo siempre nos quedamos en la misma. Llegamos hace una hora, comemos unos sándwiches y jugo de naranja diluido en agua. Al terminar, tendremos que esperar mínimo media hora hasta que no sea peligroso meterse a jugar al chapoteadero o a nadar, y mientras se seca bien el bloqueador. Me choca esperar sentada en una silla plegable, viendo a los demás divertirse. Desde que salimos de casa no puedo aguantar la emoción.

Gogorrón tiene tres albercas, un área para niños y los toboganes blancos enormes que me fascinan. Está en San Luis Potosí que, según el Atlas de México, es una zona de estepa, por eso este lugar es color amarillo. Por eso el pasto no es tan verde y me pica los pies cada que quiero cambiarme de lugar. Mi mamá aguarda cerca en una silla, se pone sus lentes, su sombrero de palma de ala ancha y se llena de bloqueador el cuerpo. Parece despreocupada, pero en el fondo sé que no nos pierde de vista ni un segundo; es lo mismo aquí que en casa.

Primero vamos al área de niños, para que mi hermano juegue. Me fastidia porque ya tengo 12 y no quiero estar con un montón de escuincles que gritan y corren, aunque me encanta pararme debajo de un hongo rojo que tira agua, como si estuviera debajo de una regadera gigante. Hay unas resbaladillas a las que se sube mi hermano una y otra vez, yo lo observo mientras finjo nadar en la alberca de no más de 30 centímetros de profundidad.

Estoy fastidiada. Ya quiero que llegue el momento en que podamos ir a las resbaladillas blancas para adultos en el área de toboganes. Antes, a mi mamá le daba más miedo y no me dejaba echarme, ahora que ya crecí creo que confía un poco más en mí. Mi hermano sigue riendo y corriendo, mi mamá ya se paró a decirle que no corra, a él no le importa, en Gogorrón no existen las reglas,

no hay que actuar de una manera ni portarse bien. Mi mamá eso no lo entiende. La miro, siente mi mirada y sabe que no puedo un minuto más: debo echarme por la resbaladilla gigante. No la veo muy convencida, pero tomamos nuestras cosas y vamos para allá.

Esta zona está llena de gente, aquí hay un montón de familias grandes, no como la nuestra, que es pequeña: hay niños y niñas corriendo en calzones y camisetas, señores panzones con pelos alrededor del ombligo y las axilas, señoras gritonas con ropa similar a la de mamá. Hay mesas y sillas de plástico, bolsas de papas vacías y llenas, envolturas tiradas por el suelo, charcos en los senderos de piedra y, alrededor, el agua de las albercas está cada vez menos transparente.

Encontramos una silla vacía, dejamos nuestras cosas y, cuando mi mamá está a punto de darme una instrucción, salgo despedida hacia las escaleras del tobogán más cercano. Grita algo que no comprendo, no la escucho porque ya estoy subiendo los 20 metros de altura. Intento no cansarme demasiado, pues si lo hago, no disfrutaré el descenso. Estoy hasta arriba del tobogán. Intento no mirar abajo. Aunque me gusta lanzarme por aquí, la verdad es que me dan pavor las alturas. Me enfoco en las personas delante de mí, mientras espero mi turno. Todos parecen ya haberse tirado más de una vez: después de todo, ya pasó la hora de la comida y el sol comienza a descender a lo lejos. El cielo en Gogorrón es diferente al que hay en mi ciudad. Creo que es más brillante y casi verdoso, tal vez por el reflejo de los campos amarillos. Todo tiene una luz distinta y es más fácil darse cuenta a esta altura. Ver el horizonte no me da miedo porque está lejos; ver el pavimento debajo del tobogán, sí: está demasiado cerca.

Por fin, el salvavidas me indica dónde debo sentarme. Espero su señal, sopla su silbato y me lanzo con todas mis fuerzas. Voy sentada, las uniones del tobogán me lastiman las pompis y no quiero que hagan lo mismo en mi espalda. Estoy muy emocionada, sonrío. Ya casi al final del recorrido, aprieto muy fuerte los párpados.

La inclinación del tobogán, hacia arriba, me hace elevarme casi cinco metros por los aires. Subo, subo moviendo los brazos y las piernas sin sentido —tengo mucho miedo—. Después, intento controlarlos. Comienzo a caer en picada, me esfuerzo por poner los brazos en flecha y las piernas flexionadas como aprendí en clase de natación la semana pasada... ¡plaasss!

Si todo el mundo supiera mi secreto, se arruinaría. Aquí, debajo del agua, no tengo que aguantar la respiración. Todo sigue intacto como cuando vine la última vez. Nado con la patada de pecho que me gusta un montón, me sale perfecta, y a menos de un metro me encuentro al fin con cardúmenes pequeños y grandes, peces de colores y formas locas que van en diferentes direcciones. Parecen mirarme y yo los miro, tal vez sí me camufló por mi traje y *goggles* verdes. Los sigo de cerca, paso desapercibida.

Debajo del agua todo está muy nítido, oscuro y en calma, nado más profundo. Mi cuerpo recuerda la agilidad que debe tener para pasar las algas y no enredarse. De pronto, siento un tirón en mis piernas, como si alguien las hubiera tomado y las jalara hacia sí, pero sólo son ellas alargándose, haciéndose cada vez más delgadas y elásticas. Luego, mis dedos las imitan, las uñas se sumen en ellos y se unen mediante una membrana transparente. Entonces mi objetivo no debe estar muy lejos. Debajo de mí la arena cubre ostras y peces que parecen sacar burbujas a manera de saludo; pasan por ambos lados un par más que siento de mi tamaño, por lo que ya he empezado a encogerme. Sigo intuitivamente la ruta que me llevará a ella. Doy vuelta en una roca babosa, aunque quizá es mi piel la que ya tiene esa consistencia.

A lo lejos, se despliega una comunidad de burbujas y un silencio diferente al que percibí a lo largo del recorrido. Nadie jamás podría creer que debajo de las aguas de los toboganes en Gogorrón existe el mundo de las ranas. Las hay de todo tipo: grandes, pequeñas, venenosas, coloridas, de un solo color; pero yo estoy buscando a una igual a mí. Somos ranas cafés con manchas en diferentes tonalidades, de tamaño normal, del que se piensa cuando te dicen “piensa en una rana”.

Después de patear por un par de minutos, llego a nuestra roca. Ahí está, esperándome, como si hubiera

sabido de antes que yo iba a llegar. Me observa de lado con su ojo izquierdo, tal vez para verificar que soy yo, y luego se posa de frente sin expresión en su cara de anfibio, aunque sé que está tan emocionada como yo. La última vez estuvimos nadando por horas, recorrimos un montón de cuevas, nos deslizamos entre las algas y nos camuflamos para espantar a peces solitarios y a varios cardúmenes. También estuvimos sentadas en esta roca, viendo todo el paisaje marítimo hasta que...

Todo a mi alrededor se difumina y dos corrientes de agua pasan a mis costados a una velocidad que no me permite controlar mi pateo; me jalan hacia atrás y, entonces, desando todo el recorrido en contra de mi voluntad. Ya no existe el silencio, todo es ruido que me aturde; la comunidad de burbujas es cada vez más lejana; me rozo contra la roca babosa, ya no tenemos la misma piel; entreveo dos peces pequeñitos a cada lado. Giro sin parar y, al ver las ostras debajo de mí en una de las vueltas, noto que mis dedos son otra vez independientes y están protegidos por uñas recién cortadas. Finalmente, unos brazos toman mi torso y es ese último jalón abrupto el que despliega mi cuello de nuevo.

Una vez afuera de la alberca, veo a mi madre con esa mueca indescifrable que hace muy seguido: no sé si está enojada o tiene ganas de llorar. Mi hermano parece que hace un berrinche y no suelta su pierna. Hay muchas personas a nuestro alrededor. Mamá me abraza y luego aprieta la mano de mi hermano, aprieta la mía y nos saca de ese peligroso lugar que es el área de toboganes. Nos dirigimos al cuarto del hotel. Si no fuera tan tarde, estoy segura de que nos metería en el coche y manejaría a toda velocidad de vuelta a casa. Quién sabe si quiera volver a venir a Gogorrón. 

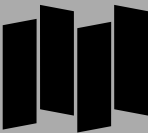
Fue así el primer hombre

GERARDO ALMARAZ

*...neutra el agua dudaba a cuál fe preste,
o al cielo humano, o al cíclope celeste.*
Luis de Góngora

Fue así el primer hombre:
de pie sobre el litoral vio reflejado un ojo enorme de fuego
vio que más allá de los arrecifes,
mar abajo, siempre es de noche.
Pero ante los ojos de él
había un fuego que se apagaba y se encendía
que al girar sobre su propio eje
vio nacer, desarrollar y desaparecer las cosas.
Todo se va —¿o se esconde eternamente?—
alejándose o contrayéndose hacia un lugar desconocido.

Los animales comían para dormir sobre el ancho prado,
hasta que un día
el miedo escurrió como polvo de sal sobre su cuerpo,
porque estaba ahí, escondida en el espacio
que separa al hígado del corazón:
la primera luz de consciencia
que lo hizo llorar durante cuarenta días
sin descansar ninguna noche,
hasta que sintió su propio fuego quemarlo a sí mismo:
después de todo,
era necesario marcar el tiempo en algún lugar,
antes de que escribiera “aquí yace un hombre al pie del litoral”.



CARRUSEL

HEREDADES

CRUZAR EL ESPEJO: ALICE Y ALICE RAHON
PABLO FERAM

ENTRE VOCES

PRESENTES EXTRAÑOS: EL AGUA Y (SUS) OTROS
FANTASMAS: ENTREVISTA CON ADRIANA SALAZAR
LYA MONTIEL NEPOTE

BAJO CUBIERTA

INSTANTÁNEA DE UNA CIUDAD
ARMANDO GUTIÉRREZ VICTORIA



Alice Rahon en su estudio. Colección Juan Guzmán, Patrimonio UNAM: 08602265.
Archivo Fotográfico "Manuel Toussaint", Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.

Cruzar el espejo: Alice y Alice Rahon

PABLO FERAM

COMO LA MÁS FAMOSA, la de los cuentos maravillosos, nuestra Alice entendió rápidamente la importancia de cruzar espejos y habitar mundos diferentes para tener escapes de una realidad nostálgica y triste. Había nacido el 8 de junio de 1904 bajo el nombre de Alice Marie Yvonne Philppot y desde pequeña buscaría en el arte esa sanación que siempre deseó: el cruce a un mundo otro. Primero era una sanación física. Se rompió los huesos dos veces en la infancia: a los tres y a los 12. La pintura y la observación de la naturaleza, qué compañeras en ese tiempo de inmovilidad infantil. Más tarde, una sanación emocional. Ambas búsquedas se convertirían en el tema principal de su obra.

Alice se muda a París a los 27 años y ahí conoce al artista austriaco Wolfgang Paalen, quien la introduce en el ámbito surrealista de Éluard y Ernst. Al menos en el ámbito nombrado como tal, porque en la búsqueda a través del espejo Alice se había introducido desde hacía tiempo. Se casan en 1934 para que ella comience a girar en torno a él. La decisión es válida, desde luego. No lo cuestionamos: cuánto cambiamos por una persona así de relevante en nuestra vida. Es en esta época cuando ella cambia los pinceles por las letras: escribe los poemarios surrealistas *À même la terre*¹, publicado en 1936, y *Sablier couché*², de 1938.

Tales cambios llaman la atención y en este punto Vicky Unruh nos viene a la mente. Es teoría. Es un texto de 2006: *Performing Women and Modern Literary Culture in Latin America*. Durante el modernismo, los artistas hombres, quienes desde luego dominan el ámbito cultural, responden al interés de las mujeres por ingresar a los círculos artísticos. Lo hacen con una precaución controladora: crean para ellas performatividades, principalmente la de la musa y la de la *femme fatale*. Las mujeres, se da cuenta Unruh, responderán durante la primera mitad del siglo XX con una nueva performatividad: viviendo como artista. ¿Había que performar como artista hombre para poder ingresar al arte? Quizá. Lo importante era salir de la posición subordinada. El cabello corto, la androginia, la producción artística con ciertas tendencias, la realización de una especie de personaje como posicionamiento político y estético, y como símbolo de resistencia. A medida que las artistas ingresan al medio, el "Viviendo como artista" se convertirá en núcleo central de su actividad como mujeres vanguardistas en Latinoamérica: el acceso de las mujeres para ser verdaderas agentes en el arte. La musa se había quedado atrás.

Y sí: es verdad que esto todavía supone una condición de mujer que se deja ver artísticamente. Pero es que ahora hay un papel activo y autogestivo. Esta performatividad, esta especie de narración, involucra la creación y los ensayos de ese yo que se quiere ser para los demás. Es un proceso de reflexión epistemológica; un reconocimiento de la experiencia femenina, del autoconocimiento y, sobre todo, un reconocimiento del cuerpo como propiedad. Es ese cuerpo propio, físico y discursivo, el espacio para trabajar.

Pensamos, por tanto, en una Alice que, por influencia de su esposo y su círculo, se construye una personaje artista surrealista. Que no se nos malinterprete: la decisión de hacerlo es una decisión autónoma y hacerlo ya es un posicionamiento nuevo en el arte. La personaje surrealista que nace es Alice Rahon; poeta más que pintora; creación que se mueve en la oscuridad y la nostalgia; artista que ve, a la distancia o desde el espejo, el lado alegre pero no lo alcanza. El poema "Gruta"³ es un gran ejemplo de esto: hay una dualidad, como el día y la noche. Y en la gruta se amplifica todo lo negativo: tempestades dentro de lo nocturno, sinónimos de ausencia de vida o de falsos amantes. Cuántas maneras de morir para Alice Rahon:

Gruta de bronce
amplificador de las tempestades
de los dos hemisferios
donde las sombras no pueden morir

...

¹ *Sobre la tierra.*

² *Reloj de arena acostado.*

³ Este poema fue publicado originalmente en el poemario *À même la terre*, de 1936. En éste figuraba sin título por lo que, en el índice de la edición de *Shapeshifter* (2021), se le consigna como su primer verso: "Grotte de bronze". Sin embargo, nos referiremos a él como "Gruta", debido a que es el título empleado en la traducción realizada por César Moro para su antología poética *Los surrealistas franceses* editada para la revista *Poesía* en 1938 y reeditada por la colección Material de Lectura de la UNAM en 2010.

Limbos de fuentes no nacidas
de amores ahogados
bajo parejas de falsos amantes
falsos pensamientos
falsas ventanas
en las murallas de la noche
falsa virtud de los débiles
nuestros huesos encrespándose en el fuego
desierto calcinado de espera
donde reina la loca del espejo.

Toda esta oscuridad es enunciada como eterna: muertes que no pueden morir. La antítesis siendo imagen poética. Una pérdida tan grande jamás desaparece. Una pérdida que observa Alice, la reina loca del espejo. ¿Cuál Alice? Quizá Alice Rahon. Quizá Alice, la más famosa, la de los cuentos maravillosos. Quizá ambas al mismo tiempo. Georgiana M. M. Colville y Deffebach encuentran al famoso conejo blanco en el *Autorretrato* pintado por Alice Rahon en 1951.

Pero Alice Rahon cruzará el espejo y encontrará todos esos colores hasta ese año: 1951. Ahora, una vez posicionada en el círculo surrealista, sus poemarios comienzan a recibir el reconocimiento de los integrantes. Principalmente de André Breton. Es el mismo Breton quien invita a Frida Kahlo a Francia, donde ambas artistas se conocerán. Algunos biógrafos se refieren a la existencia de una identificación entre ellas desde el primer momento: las heridas físicas, la imposibilidad de tener hijos, los dolores de la vida y expresarlos en su arte. No lo aseguramos. No sabremos nunca tantas cosas. Pero sí podemos decir que ambas artistas, Frida y Alice, se hacen grandes amigas. Así, por invitación de Kahlo, Alice, Wolfgang Paalen y la fotógrafa Eva Sulzer realizan su primer viaje a América, donde les sorprende el inicio de la Segunda Guerra, ante lo cual se quedan en México a partir de 1939, en una estancia que se convierte en permanente para Alice.

¿Qué ocurre en estos primeros tiempos en México? El círculo surrealista se reúne constantemente en nuestro país. Conocemos de sobra el dicho (y confundimos al autor): “México es más surrealista que mis pinturas”. Lo dijo Dalí. Antes, Breton había dicho algo parecido sobre México como el país más surrealista del mundo. Nuestro país fascina a todos los surrealistas por igual. Artaud viene a perderse en el desierto, Leonora Carrington y Remedios Varo afianzan su amistad en el ensueño, Breton llega a la Exposición Internacional. Espacio que sirve, por cierto, para que el francés se aleje de Paalen, quien a su vez comienza a buscar las nuevas fronteras del arte, alejadas de la concepción bretoniana.

Para hacerlo, el austriaco creará la revista *Dyn* como espacio de propuesta. En 1942 publica el número uno. Alice Rahon lo acompaña y vuelve al medio pictórico visual, donde se aprecian más claramente las nuevas ideas abstractas y expresionistas que comparte con Paalen. Sobre este momento, Alice Rahon habló de cómo los colores de México le estimularon a cambiar la pluma por el pincel. Sin embargo, para algunos analistas, esta revista responde sólo a los intereses estéticos que Paalen deseaba



Mindone Night de Alice Rahon (1963). Colección Juan Guzmán, Patrimonio UNAM: 08849309. Archivo Fotográfico “Manuel Toussaint”, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.

mostrar (y que él mismo titulara *Farewell to Surrealism*). Como si se tratara de una extensión del trabajo del austriaco, la obra poética de Alice sufre un desplazamiento. Alice Rahon, la performada, performa ser una herramienta en el desarrollo de la idea de su esposo.

El poema “*L’Ixtaccihuatl, nommée par les dieux, la femme endormie...*” es revelador en este sentido. Se presenta en el mencionado número uno de la revista *Dyn*, montado debajo de una fotografía de la montaña hecha por el alemán Hugo Brehme.

*L’Ixtaccihuatl, nommée par les dieux, la femme endormie le visage tourné vers le soleil levant.
Toujours jeune géante, amante blanche de neige et d’aubes millénaires, miroir magique à
[l’échelle des plus grands rêves ou l’homme s’est miré.
Ixtaccihuatl, Femme blanche, montagne sur le haut plateau, aux flancs de neige et de
[silence, porteuse d’horizons à venir.*

La Iztaccíhuatl, nombrada por los dioses, la mujer dormida con la vista vuelta hacia
[el sol naciente.
Siempre joven gigante, blanca amante de nieve y albas milenarias, mágico espejo a
[escala de los más grandes sueños donde se refleja el hombre.
Iztaccíhuatl, Mujer blanca, montaña sobre la alta meseta, de nevadas laderas
[silenciosas, portadora de horizontes futuros.⁴

Fueron los dioses quienes nombraron a la Iztaccíhuatl, dice el poema, y sugiere para ella una identidad milenaria con características prosopopéyicas: mujer dormida cuyo rostro da hacia el sol, hacia la luz naciente. El último verso anuncia que la montaña seguirá siendo imagen del horizonte en el futuro.

La positividad luminosa de estos versos contrasta fuertemente con la oscuridad presente en el poema anterior. Hay una diferencia significativa: uno está en el poemario, de carácter presumiblemente más íntimo, y otro en la revista dirigida por Paalen. Podemos pensar que, al ser la revista una nueva propuesta de proceder artístico, la dirección mostrada debe ser esperanzadora. Así, la significación de ese último verso: “*porteuse d’horizons à venir*” puede relacionarse, al menos dentro del montaje de la revista, como cercana a la intención de un nuevo proceder. El contraste es evidente.

Como también contrasta con otro poema escrito en el mismo lapso: “*Montrée du doigt comme les étoiles*”, en el que no profundizamos aquí por límites de espacio pero sí diremos que es otro poema dedicado a la Iztaccíhuatl, que emplea el mismo tono onírico y automatista que “Gruta”, y en el que vuelven las imágenes nostálgicas de la luz como lejanía desde la posición oscura de la voz poética. La voz de la intimidad.

Alice Rahon finalmente se separa de Wolfgang Paalen en 1947. Se casará con el cineasta canadiense Edward Fitzgerald, con quien planeará una película experimental para la cual escribirá un guion actualmente perdido. De 1951 es la Alice colorida a la que nos hemos referido antes, y la explosión de su obra pictórica colorista, que ronda entre lo expresionista y lo geométrico. De 1951, también, es otro texto hecho para su exposición en Nueva York, cuyo tono poético demuestra que en realidad la poesía no le deja de interesar en ningún momento: “Al principio de los tiempos la pintura era magia; era una llave para lo invisible”. Es el verdadero cruce del espejo: el encuentro final de Alice con Alice Rahon. También se separará de Fitzgerald en 1960. Y luego de más de dos décadas de producción, presentará su última exposición: una retrospectiva en el Palacio de Bellas Artes en 1986. Alice morirá algunos meses después, el 27 de septiembre de 1987 a los 83 años. Este año conmemoraremos 120 años de su nacimiento. Dos galerías la celebrarán en la Ciudad de México. Es momento, quizá, de encontrarnos con ella. 

⁴ Traducción Fabián Espejel y Aranzazú Blázquez

Presentes extraños: el agua y (sus) otros fantasmas. Entrevista con Adriana Salazar

LYA MONTIEL NEPOTE

Adriana Salazar Vélez es artista, docente e investigadora. Sus trabajos consisten en investigaciones abiertas y colectivas, en las que pone en tensión y deconstruye la dicotomía entre lo vivo y lo inanimado. En los últimos años ha tejido diálogos con diversas personas (humanas y no humanas) alrededor de las aguas del Lago de Texcoco. En esta entrevista conversamos sobre los fantasmas y las presencias del agua, así como de los aprendizajes y experiencias que Salazar se ha encontrado en los caminos de su obra.

Al revisar tu trabajo noté, tal como lo describes, que hay un territorio común en tus obras: la ruptura entre lo vivo y lo inanimado. ¿Qué te ha significado este constante vaivén entre lo que pensamos como vida y lo que pensamos como muerte, inanimado, no vivo, ausente?

Yo creo que la constante es saberme o sentirme como una cosa viviente; como algo o alguien que participa de la vida y de los flujos de vida que me atraviesan. Creo que lo que he estado haciendo me ha conducido a tener una comprensión desde el estar, el cuerpo, la práctica, el pensar, el escribir, y a ver cómo todo esto puede contribuir a afinar cómo te sabes conectada con otras formas de vida.

Hace un tiempo, unas compañeras de Ecuador me invitaron a editar una revista y fue un trabajo muy bello tejer pensamientos con personas que están reflexionando desde diferentes espacios estos temas. Yo nunca había editado, pero sí he trabajado con muchas personas de diferentes disciplinas del arte y de otros ámbitos que se cruzaban con estos intereses que tienen que ver con cómo desarmar o cómo repensar, cómo mover, cómo borrar o cómo señalar esa división entre lo vivo y lo inanimado. Salió esta revista muy bonita a la que nombré *Voces vivas de cosas inertes*.

Esto fue para mí como una síntesis, un momento de cierre. Una de mis conclusiones es que no hay nada inerte. Que, en realidad, esa separación entre lo inerte y lo vivo es una separación conveniente que histórica y culturalmente se produce para fracturar la vida. Todo lo que se considera inerte es susceptible de ser extraído, apropiado, movido, despojado, mercantilizado, etcétera. Eso tiene que ver con un esquema de pensamiento que se construye desde políticas de la extracción, desde toda una colonialidad del pensamiento. El ejercicio de compilar estos textos me dio una especie de masa crítica sobre la cual entender que por eso había estado trabajando alrededor de esta intuición. En realidad, en lo que ha derivado mi trabajo

Adriana Salazar Vélez (Bogotá, 1980). Artista, investigadora y docente, radicada en la Ciudad de México. Es licenciada en Artes Plásticas por la Universidad Jorge Tadeo Lozano de Bogotá, maestra en Filosofía por la Universidad Javeriana y doctora en Artes y Diseño por la UNAM.



(sobre todo en lo último que he estado haciendo), más que en esa división es en abordar las estrategias de reconexión con lo viviente, de lo viviente consigo mismo o de comunidades humanas y no humanas a través de flujos de vida.

En este vaivén entre lo vivo y lo no vivo muchas veces nos topamos con un tercer estado, un tercer territorio que puede ser más complejo: lo desaparecido. Esto me remonta a una acción consciente, a una decisión de hacer no visible, de arrebatarse a algo o alguien su posibilidad de ser mirado. Me da la impresión de que en varios de tus trabajos —sobre todo en los relacionados con el agua— te has topado con este tercer territorio. ¿Cómo continuas esta reconexión entre lo vivo y lo muerto cuando lo desaparecido entra en juego?

Pensando en el caso del lago de Texcoco y a lo largo de toda la investigación de la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas*¹, parecía una especie de presencia fantasmagórica de esa huella del agua que se fue. Queda latente, y creo que es como todas estas entidades intangibles que están por ahí, que presentimos, que a veces se manifiestan. Hay quienes le llaman espíritus: los espíritus de los muertos que nos visitan, los fantasmas. Son justo esas huellas de lo que se fue, pero deja algo tras de sí. En el ciclo del agua, algo que parece obvio, pero a veces no dimensionamos, es que ésta no desaparece. En las noticias que han salido en los últimos días se dice que el agua ya no da abasto para esta ciudad; algunos titulares dicen: “Hay escasez de agua” o “Se acabó el agua”, pero en realidad, el agua no se acaba. Y si no se acaba, ¿para dónde se va? No es que el agua se desmaterialice. Se desvía. Lo que es muy fuerte de entender es que si se fracturó hídricamente el territorio del Valle de México es porque se redirigió toda el agua hacia otros lugares. Toda la cartografía hídrica que por miles o millones de años había sucedido de la misma manera, de repente se desvía y fractura por acción humana. Eso no quiere decir que el agua desaparezca, más bien toma tránsitos distintos. Hay muchas cosas que son, como lo llamaría Georges Perec en el orden de lo infraleve, presencias físicas y tangibles, pero casi imperceptibles, casi mínimas. En eso tal vez se ha convertido el agua acá. En ese infraleve del lago que todavía persiste y que reacomoda y desacomoda la manera como fluye el agua, y eso implica todo lo que se puso encima del lago y todos estos nuevos tránsitos del agua que no tienen más de un siglo existiendo.

Esa tercera presencia, cuando hablamos específicamente del lago de Texcoco, es a la vez muy sutil y muy fuerte, presente, concreta. Tiene esas dos dimensiones: que el lago no desapareció ni se fue, sino que lo sacaron para otro lado; y que sigue aquí, persistiendo.

En la introducción de Arts of Living in a Damaged Planet, lxs autorxs presentan su idea de fantasma como un tramado de significados que, entre otras cosas, funge como un puente entre presentes y pasados, humanos y no humanos. También mencionan que los paisajes que habitamos están embrujados por vidas pasadas y por futuros que imaginamos o que ya fueron imaginados desde diferentes escalas.

¹ Adriana Salazar Vélez, *Enciclopedia de cosas vivas y muertas: El lago de Texcoco*, Pitzilein Books, México, 2019.

Desde tu experiencia, ¿dirías que el agua es un fantasma? ¿Cómo nos hace brincar constantemente entre presente, pasado y futuro?

Es una idea muy linda porque es muy animista en el sentido más primordial de la palabra que podemos ver en las cosmovisiones de muchos pueblos, y que es muy diferente a la idea moderna del fantasma como presencia suprarreal. Para muchos pueblos, el fantasma es más bien la presencia de lo vivo en absolutamente todo, hasta lo más sutil y lo que no podemos ver. Se habla de los espíritus del bosque, los espíritus del agua; incluso aquí en México todavía hay prácticas así en algunos pueblos, como la de los graniceros, que conversan con los espíritus del agua para sintonizar con esas voces que no escuchamos. Así como pensamos en esta idea católica del alma, vivimos tranquilas con la idea de que somos cuerpos con alma, que hay algo nuestro que es tremendamente sutil y que cuando morimos se escapa. Nosotras también somos fantasma. Así como somos fantasma, hay fantasma en todo. En el agua claramente hay fantasma.

El fantasma del agua creo que es muy importante comprenderlo de la manera más densa y compleja posible, porque nos lleva entonces a entablar una relación distinta con todo, desde el respeto, el permiso. Como que sabemos que hay alguien ahí que nos está interpelando. En ese sentido tenemos que acercarnos más cuidadosamente. Pero siento que en este mundo que vivimos todavía no tenemos las herramientas. Y como no las tenemos, le preguntamos a quienes sí las tienen y las han tenido durante siglos. Estamos en esa búsqueda y si no aprendemos a comunicarnos con ese fantasma y verlo como lo que realmente es, se va y se escapa, se enoja.

Yo me sintonizo así y ésa es mi postura con relación al fantasma del agua. El fantasma en mi trabajo tal vez estaba presente como una intuición y ha tomado diferentes formas. En este momento creo que ésa es la razón por la cual el fantasma ha sido una constante. Incluso desde antes de que yo comenzara a pensar y a relacionarme con el agua de una manera más comprometida.

Pienso en lo complicado que es incluir todos estos temas de conversación en medios como la academia o el arte. Fuera de la explotación y los usos superficiales, ¿qué tan complicado ha sido para ti que, dentro del arte, se acepten estos conocimientos ancestrales no-occidentalizados? ¿Cómo introducir todas estas formas de trabajar y estas preguntas en estos mundos?

Algo que es a la vez afortunado y peligroso es que los temas que tienen que ver con conocimientos ancestrales o crisis socioambientales se han puesto de moda en los últimos años. Hace un poco más de una década no era muy registrado en el ámbito de la cultura y de repente empezó a ser algo importante. Con eso pasan dos cosas: una, se abren oportunidades para que quienes hacemos este tipo de trabajos o el que hacen otras personas con proyectos afines tengamos más chance de conseguir recursos (muy importantes para movilizar la escala de los proyectos) y espacios de visibilidad. En el momento en el que empiezan a surgir colaboraciones y se empieza a trabajar con territorios concretos que implican a personas, a comunidades humanas y

más que humanas hay que tener mucho cuidado con qué exponer y dónde. No es tan sencillo como hacer un proyecto artístico y buscar un museo o galería, y naturalmente derivar el trabajo ahí. Más bien es importante hacerse preguntas sobre la pertinencia de esos espacios para los propios trabajos. La otra cara de la moneda que empieza a salir cuando se ponen de moda estos temas es la exotización, la folklorización, la extracción, la despolitización de los trabajos y las personas implicadas en ellos. Hay que tener mucho cuidado en dónde insertar las prácticas justamente para que no mueran, para que no se vuelvan inertes (ahí sí entrarían en ese terreno), para que no se desactive su potencia y para respetar la participación de todas las personas implicadas.

Con la academia sucede algo similar. No creo que diste mucho, sólo que tiene sus propias reglas y aparatos de captura del conocimiento. En ese sentido, el dispositivo por excelencia es la palabra: hablada si se trata de eventos académicos, clases o congresos; escrita si se trata de publicaciones, que es lo que generalmente se capitaliza y circula en estos espacios con criterios distintos a las materialidades de las artes visuales. En el caso de la escritura —y sobre todo si trabajas con otras voces que no son la tuya— hay que empezar a poner atención también a cómo citas e incluyes, dónde te ubicas, cuál es tu lugar de enunciación; ser claras en ello para que no se asuman cosas. En la academia se estila mucho que las investigaciones son autorales, de una persona que es como esta genialidad que produce el conocimiento sola en un laboratorio o desde un escritorio. Pero cuando hay otras voces implicadas hay que

Adriana Salazar Vélez



hacer un esfuerzo adicional por presentar eso de la manera más cuidadosa posible y que no haya malentendidos.

Cada espacio tiene necesidades distintas. De ese conocimiento que circula de lo artístico a lo académico, de lo académico a lo comunitario, de lo comunitario a lo editorial se produce un fantasma. Puede circular entre diferentes materialidades y espacios. Aparte de las exigencias éticas, surgen otras de tipo más sensible: saber cuál es la salida que necesita lo que se está produciendo, qué tipo de objeto o de cosa se debe producir para que el proyecto sea lo que necesita ser y no imponerlo desde antes.

Algo que me gusta mucho de tu investigación y trabajo del lago de Texcoco es el entramado de historias y voces que tejiste. Me parece que, así como el agua, tú también fluiste interlocutora-narradora-detective-investigadora-tejedora. ¿Qué aprendiste de este movimiento que fue individual pero también colectivo?

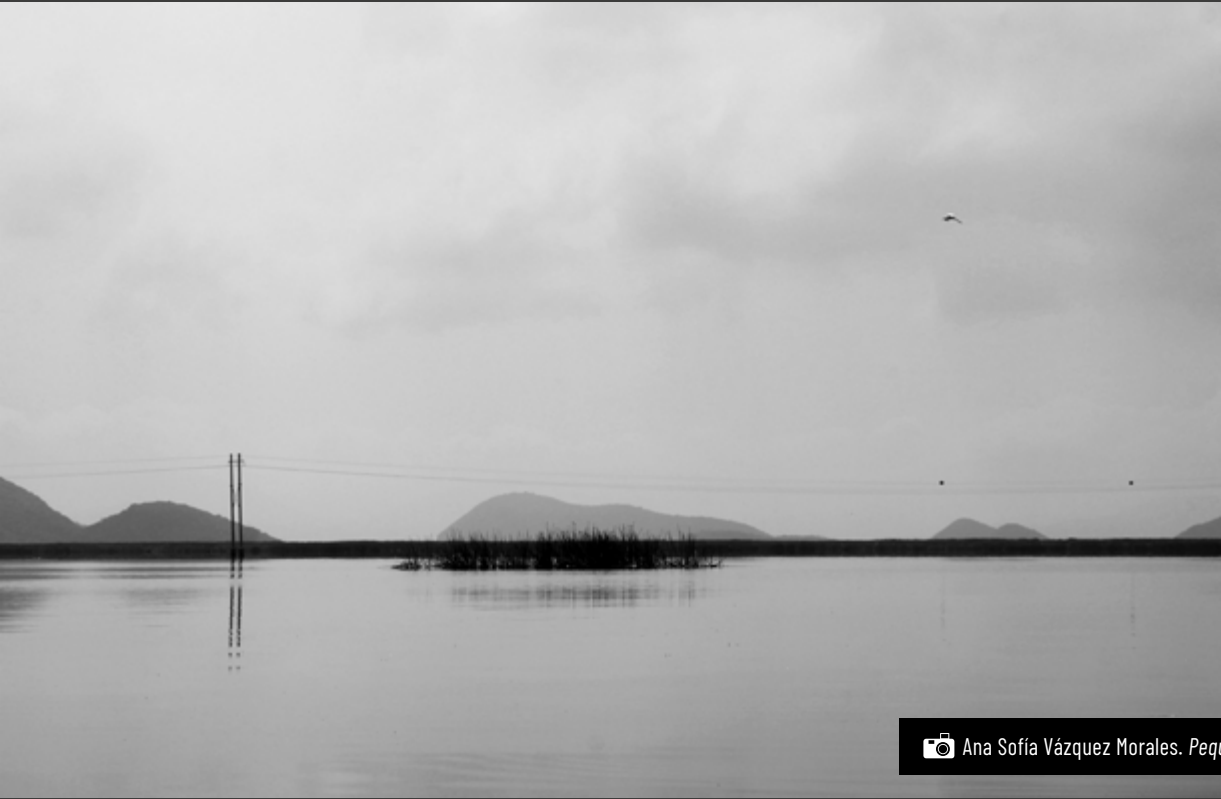
Aprendí a relacionarme. La creación artística, así como la investigación académica, todavía está muy adherida a la figura del autor —y lo digo intencionalmente en masculino— como alguien que emana, crea, impone, dirige. Lo vemos en los grandes museos, en exposiciones retrospectivas. Es algo que el mismo mercado alimenta.

Como nota autobiográfica, la razón por la que vine a México fue en parte para desmarcarme de eso. En Colombia, mi lugar de origen, yo tenía mi estudio, trabajaba con una galería, y algo me estaba picando, como un bicho que me decía “no, no es por ahí”. Llegué aquí con un deseo y una intención de encontrar otra manera de hacer arte que me conectara más. Siento que la autoría te aísla. Empezó como una búsqueda muy íntima y personal, que se fue convirtiendo en una forma de trabajar. Yo ya no me salgo de ahí. Insisto, yo tengo mis herramientas, lo que yo sé, la manera cómo sé trabajar, mis conocimientos —que tienen que ver con lo escultórico, con la escritura, con algo de gestión también, con otras formas de producción artística—, pero para usarlos hay que agenciarlos de otro modo. Comencé experimentando a la par que conocía el territorio donde estaba viviendo y la historia de sus aguas, que se impone mucho. Hubo entonces una convergencia de esas dos necesidades y esas dos búsquedas: de territorio, de arraigo mío y de otras maneras de trabajar, y con eso un desaprender y una apertura, especialmente a la escucha. Fue un proceso largo, y yo respeto mucho los procesos largos porque el trabajo se da en otros términos. Pero lo que permanece sólo se sigue abriendo. Cada pliegue, cada encuentro te pone ante una situación distinta: qué es esto que está pasando, con qué llego yo, qué hacer; cada vez es una situación enteramente nueva. Esa exposición y esa manera de trabajar es algo que quisiera seguir cultivando.

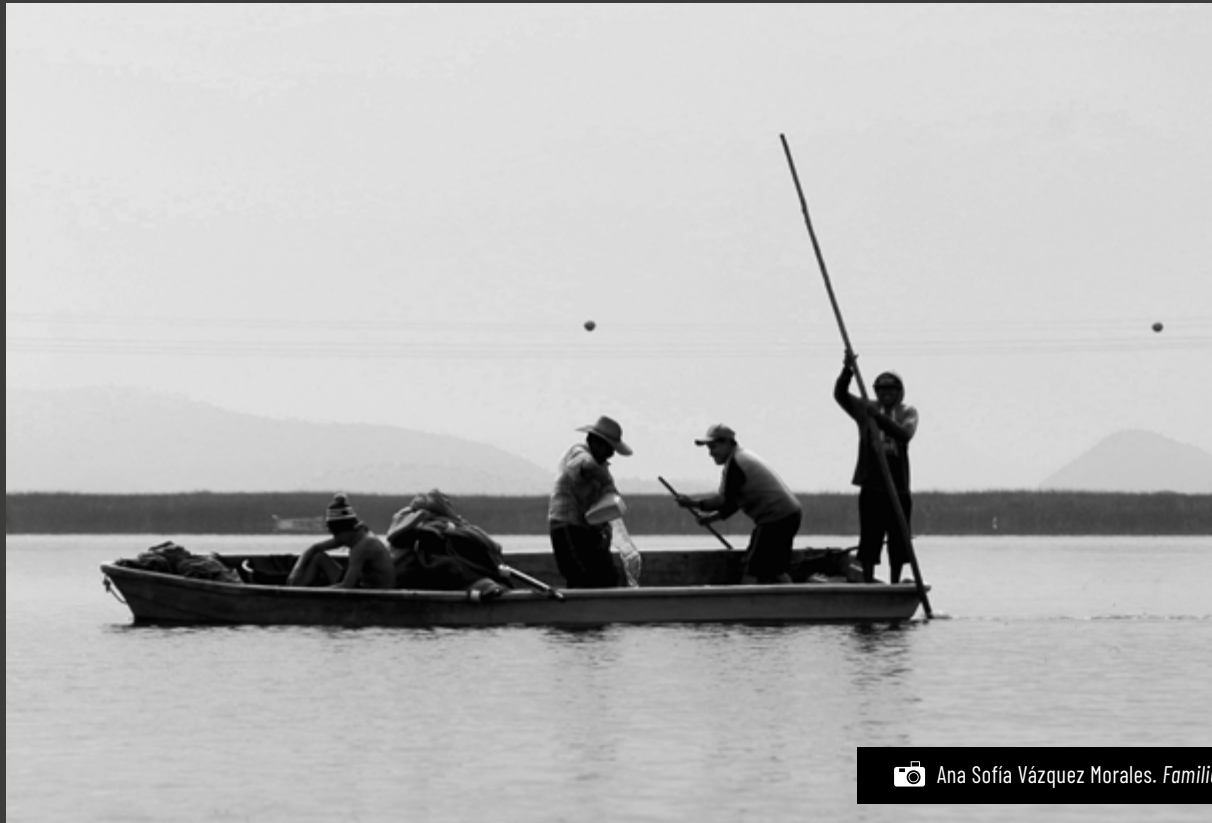
Con la idea de los procesos largos y personales, me gustaría cerrar haciendo un brinco por el tiempo, como hacen los fantasmas. Cuando hacemos un trabajo así, muchas cosas se mueven y cambian, además de nosotrxs. ¿Cómo se ha transformado tu relación con el agua? ¿Cómo era antes de que hablaras con/desde/a través de ella? ¿Cómo es ahora?

Totalmente. El proceso de seguirle el rastro a las aguas, al menos aquí, en el territorio donde vivimos, me hizo entender que los tránsitos nos conectan con lugares con los que ni siquiera tenemos contacto en este momento. En ese sentido, el agua nos conecta con muchas cosas muy remotas, y cuando lo comprendes es porque lo ves, lo vives, lo platicas con quienes lo padecen, con quienes la defienden, con las presas que están por allá, con pozos sumamente profundos cuya agua lleva miles de años infiltrándose. Entonces el agua nos saca de nuestro espacio y nos saca de nuestro tiempo. Tiene todas estas dimensiones, desde lo muy sutil (lo sagrado, casi) hasta lo muy concreto y que ahora, después de hacer este trabajo, registro con más atención que antes. Somos agua, pero ¿qué quiere decir eso? Es muy complejo entender todo lo que implica que el agua llegue a ti y te atraviese. También comprendí lo minúsculo que fue lo que yo hice en relación con lo que, por ejemplo, han hecho otros colectivos que ponen el cuerpo todos los días. Hay personas que sí dedican sus vidas a defender las aguas de una manera que yo no puedo hacer en mi vida cotidiana. Al menos ahora tengo más conciencia. 

 Esther Rivas



 Ana Sofía Vázquez Morales. *Pequeña garza*



 Ana Sofía Vázquez Morales. *Familia pescando*



Instantánea de una ciudad

ARMANDO GUTIÉRREZ VICTORIA

Hay que decirlo, mucho de lo más interesante que ahora mismo ocurre en la poesía mexicana va más allá de los circuitos comerciales y de las grandes casas editoriales. En paralelo, distintos sellos independientes han conformado un catálogo de propuestas y obras sobre las que convendría estar atentos, pues son ellos quienes aportan y propician la diversificación del panorama actual de escritura en el país. Es por ello que encontrar —en toda la extensión de la palabra— una obra como *Libro IV* de Darío González Rodríguez, editado por Niño Down Editorial, tiene el doble valor de suceso afortunado. Primero, porque hoy más que nunca contamos con un amplísimo número de novedades literarias, y segundo, porque, tal vez por su misma independencia, nos encontramos ante una poesía distante de las modas y de los nichos comerciales. Es así que, ajeno a estos intereses, González Rodríguez encuentra su personal modo de comprender el monstruo que es la Ciudad de México y la experiencia de sobrevivirla día a día a partir de dos antecedentes definitorios de la literatura mexicana: el movimiento de vanguardia estridentista y la poesía novohispana de raigambre barroca. Si bien esta afirmación puede causar cierto desconcierto, pronto el lector advierte cómo el autor sabe apropiarse y resignificar inteligentemente los recursos y los elementos que caracterizan a ambas tradiciones.

Ahora más que nunca resulta significativo que la poesía mexicana trabaje sobre sus propios referentes, que tenga presente su historia, sus contextos y su procedencia, pues, como es bien sabido, las heterogéneas realidades latinoamericanas hacen indispensable construir una literatura cercana a sus problemas, a sus dinámicas y a sus identidades. Fue, precisamente, el estridentismo mexicano uno de los movimientos pioneros en la resignificación



Libro IV
Darío González Rodríguez
Niño Down Editorial
México, 2023, 34 pp.

de la vanguardia desde la órbita concreta de una urbe ajena a los imaginarios occidentales. Y es ésta la misma impresión que nos deja la propuesta de Darío González Rodríguez, pues, ante el caos y las contradicciones de la ciudad latinoamericana, sus calles, sus basureros, sus autobuses y sus trenes, el poeta no pretende la idealización de su entorno,

sino que retrata el enorme carnaval que rebosa en sus esquinas, en su furia, en el ensordecedor ruido de sus automóviles y sus máquinas rotas o descompuestas que lanzan iridiscentes rayos.

Pronto, el lector halla a la Ciudad de México en los versos de González Rodríguez, en su algarabía, en su escándalo, en sus calles cruzadas por las pretensiones de progreso tecnológico y la memoria histórica de su pasado. No es la urbe en abstracto, como impresión despersonalizada o como un tema más de la tradición escrita, sino la ciudad en su presente, en el instante dinámico del ahora estridente en que la vive el yo. A pesar de su gesto vanguardista, el poeta no descuida el uso del lenguaje ni se deja llevar por el orden de la inconsciencia, pues hay un acercamiento distinto a la sintaxis, al uso del verso y a la metáfora, uno que, a mi juicio, le viene más de la atenta y evidente lectura de poetas como sor Juana Inés de la Cruz, y que se caracteriza por la predilección por el poema extenso, el hipérbaton, la sensorialidad exacerbada y la contemplación total del mundo que le rodea.

Qué más barroco que las ansias de abarcarlo todo, de experimentarlo todo, de contemplar la experiencia en su totalidad y así llenar una suerte de vacío interior. Naturalmente, esta necesidad de completud no surge en la poesía de González Rodríguez de una crisis con cientos de años de antigüedad, sino de la vivencia directa y primigenia de una urbe contradictoria y violenta, hostil para quien la habita. En este mismo sentido, los versos de este *Libro IV* no se enuncian desde la pretensión impostada de solemnidad, sino, más bien, desde la personal visión de quien camina por estas calles, aborda estos camiones y se salva de ser arrollado por sus autos.

Sin duda alguna, otro de los elementos que delata el diálogo que sostiene el poeta con su tradición es el uso de la personalización de los objetos, la elección de las imágenes, los símiles y las metáforas, que, si bien parten de los elementos propios de la ciudad, siempre conservan una conexión con la naturaleza que la habita y la

sobrevive. Lejos de los lugares comunes, el autor nos muestra un panorama inusitado de relaciones que llaman a la sorpresa, en consecuencia el lenguaje, por sí mismo, se torna ajeno a la mera comunicación y se vuelve materia expresiva. Así pues, tras la lectura de estas composiciones, el lector tiene la impresión de estar ante un renovado barroco latinoamericano o ante una actualización afortunada de los movimientos de vanguardia.

Conviene añadir que frente a la desbordante realidad que nos presenta *Libro IV*, éste no asume un tono trágico, sino más bien opta por el humor, por el enojo, sí, pero también por la risa y la ironía. Esta particular visión por momentos recuerda a poetas mexicanos como aquel joven Salvador Novo de los *XX poemas*, y constituye un elemento que dota a la obra de una accesibilidad agradable para quien no está del todo acostumbrado a este uso del verso y de la sintaxis. Reírnos de nosotros mismos y celebrar en este enorme carnaval en el que nos ha tocado vivir, aunque sin dejar de lado la mirada crítica de nuestras realidades. Hay cierto sentimiento de identificación con las experiencias que aborda González Rodríguez, nos reconocemos en las calles de la Ciudad de México, en sus dolores y en sus fiestas, y eso es un gesto que como lector solemos agradecer a quienes escriben, porque a veces nos permite comprender mejor una obra.

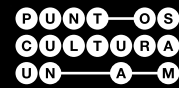
Resta enfatizar, nuevamente, la labor de las casas editoras independientes que como Niño Down han sabido descubrir y dar a conocer voces nuevas como ésta, así como propuestas que difícilmente son atraídas por el mercado del libro. Esto también es un llamado a que el público lector se abra a dichas propuestas y se mantenga atento de estos autores, ya sea en librerías, redes sociales y presentaciones, pues no hay que olvidar la cantidad de poemarios y libros de la literatura mexicana que vieron la luz primero en una modesta edición de autor o bajo algún sello editorial en vías de consolidación. ①

Criticón

XXII Concurso de Crítica Teatral



PASODEGATO



Reconocerme en un *Algodón de azúcar*

CÉSAR VILLANUEVA

CATEGORÍA A: FANÁTICOS DEL TEATRO

Algodón de azúcar
Autoría y dirección: Gabriela Ochoa
Foro Sor Juana Inés de la Cruz
Temporada: 27 de enero al 26 de febrero de 2023

NO ES FÁCIL ADENTRARSE en la bruma de los recuerdos. En las sensaciones de la confusión. En las capas de la negación. El silencio preserva los abusos depositados en la memoria, ocultando la confianza de la voz interior para imprimir en palabras las situaciones traumáticas sufridas.

Vislumbrar este proceso es el objetivo de *Algodón de azúcar*, obra escrita y dirigida por Gabriela Ochoa que tuvo una exitosa temporada en el Foro Sor Juana Inés de la Cruz. La dramaturgia se construye a partir de una serie de juegos tétricos cuya solución recae únicamente en Magenta, su protagonista.

Desde que se ingresa al Foro, la imaginación de Félix Arroyo en la escenografía y Ángel Ancona en la iluminación adentran al público en un ambiente destellante y seductor, pero a la vez extraño e intimidante, de lo que parecieran ser los restos de una feria abandonada bajo los descuidos del olvido y la oxidación; como si el huracán de la indiferencia hubiera arrasado con su alegría y diversión.

Alejandro Morales interpreta de manera notable, sensible y responsable a Magenta, quien al empezar la función luce con un semblante agobiado y está en busca de la casa de sus padres, encontrando en su camino a tres extraños y terroríficos payasos, escenificados de forma macabra e impecable por Romina Coccio, Carolina Garibay y Miguel Romero.

Esos seres le ofrecen a Magenta un reto irrefutable: si quiere descubrir la salida debe aceptar todos los deseos que le puedan imponer. Una vez que acepta, comienza un viaje onírico que transcurre a través de las etapas más profundas y dolorosas de su memoria para descifrar un misterio materializado en un ente gris y volátil que se desliza libremente por el escenario.

Así, el montaje centra su objeto a partir de su propio nombre: un algodón de azúcar rosa y apetitoso que esa nube misteriosa roba a Magenta, privándolo de la oportunidad de disfrutarlo como el niño que alguna vez fue y convirtiéndolo en un objeto oscuro, sucio y desechable.

En ese camino, la obra consigue una conexión lúgubre con la audiencia a partir de los atinados diseños sonoros que condensan vívidamente las emociones de Magenta. Así él, como un adulto abrumado, se obliga a enfrentar los traumas arraigados

y normalizados de su niñez en una montaña rusa vertiginosa, repleta de altibajos y de emociones que se mezclan en un alud de frustración, coraje y desesperación.

Como niño violentado, siento la angustia de Magenta en resolver los juegos sombríos que han sido contruidos por mis miedos en la definición de mi ser: aceptar que fui víctima del deseo de ese otro que me sometió a su poder; que no fui cómplice del abuso al haber caído en una trampa que ni siquiera podía llegar a comprender; que no merezco avergonzarme por lo que se me quitó, pues no sabía lo que era decir no.

Al desentrañar la verdad de lo ocurrido, Magenta encuentra el camino para comunicarse con sus padres y contarles lo sucedido, rompiendo el silencio e iluminando al ser etéreo que lo constriñó en la oscuridad; apropiándose así de los eventos de violencia que marcaron su pasado para reconocerse como la persona que esencialmente es.

La obra no pretende responder qué sigue para curar las heridas del pasado. Su finalidad radica en abrir las preguntas que acompañen al espectador en la travesía de confrontar a su niño interior, y así lograr su reconciliación para disfrutar del algodón de azúcar que se le arrebató.

Moisés Itálve





 Pilipala, *Julieta tiene la culpa*

Hablar de Julieta es hablar de teatro

OMAR CASTRO GUADARRAMA

CATEGORÍA B: ESPECIALISTAS

Julieta tiene la culpa

Autoría y dirección: Bárbara Colio

Foro Sor Juana Inés de la Cruz

Temporada: 23 de marzo al 14 de mayo de 2023

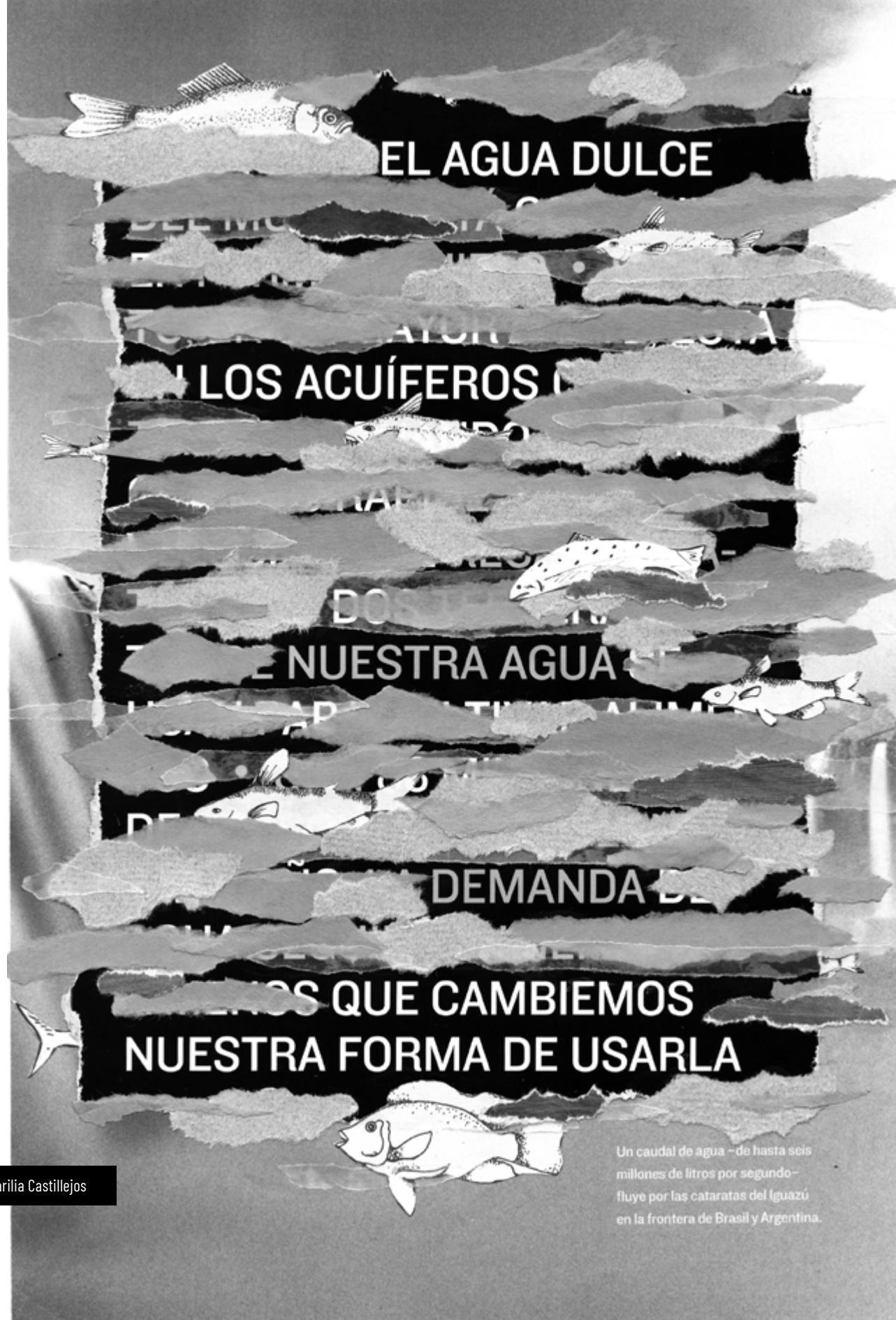
TRES DESCONOCIDAS QUE NO pudieron ingresar al estreno de *Romeo y Julieta* se encuentran en el vestíbulo del teatro, afuera llueve y es imposible salir. Una ama de casa, una estudiante de actuación y una profesora desempleada charlan sobre sus vidas, dudan sobre sus presentes y, conforme avanza la función y los tragos de whisky se agotan, se dan cuenta de que todas fueron engañadas por el patriarcado y han sido obligadas a vivir una vida que no desean. Barbara Colio, directora y autora, engarza a los espectadores en un convivio en el que el teatro, el azar y la vida de las mujeres crean una atmósfera compleja, llena de contradicciones, encuentros, compañía, solidaridad, críticas al amor romántico y pasitas con chocolate.

Colio realiza varios cruces intertextuales trayendo de vuelta a los personajes femeninos de Ibsen, Chéjov y Williams. Al sacarlas de las obras de estos dramaturgos y reunir las en un mismo espacio, Colio arma otro mundo en el que su mirada crítica convive y a la vez rompe con el mundo controlado por los hombres. Al cuestionar a Julieta, la dramaturga se pregunta por la imagen de las mujeres en la literatura, al igual que lo hizo Sigrid Weigel: “¿Hasta qué punto la imagen de las mujeres en el discurso y la poética masculinas toma en cuenta la realidad social e individual de las mujeres?”. La reconstrucción de estas nuevas Nina, Nora y Blanca se basa en la independencia que adquieren los personajes dentro y fuera de sus historias, ligadas y alejadas de las manos de los dramaturgos. Ahora les toca a ellas contar sus historias, abrirse a la sociedad, autocriticarse y poner en tela de juicio al campo social en el que han vivido.

El texto de Colio sale del cuarto propio a los escenarios, acompañado íntimamente por las actrices Verónica Merchant, Carmen Mastache y Sofía Sylwin. Las actuaciones son vivaces y enérgicas; los momentos musicales diseminan en el aire un hálito que auxilia, critica y envuelve al espectador en la ficción; se conjuga un abrazo que sana las heridas presentes y pasadas. La obra cuenta con una escenografía minimalista: sólo un par de bancas, una lámpara y una mampara, el vestuario da contexto de los personajes y los mantiene en un imaginario realista; la luz y el diseño sonoro se asocian para crear una atmósfera acogedora e íntima en tonos cálidos.

Pienso que *Julieta tiene la culpa* se escribe desde, como lo dijo Victoria Ocampo, “la necesidad de expresión en la mujer”, acción que busca un intercambio dialógico ante la práctica machista del “no me interrumpas”, que limita la discusión a una conversación monológica que los hombres han perpetuado, en la que las mujeres no tienen cabida para contar sus experiencias. En esta obra, el diálogo es central para el desarrollo de la historia, permite pensar la intimidad, el teatro y la teatralidad de las mujeres. En su complejidad y ocultamiento, la vida íntima es el primer y, en muchas ocasiones, único escenario en el que las mujeres actúan; es ahí, en la sala, la cocina, en la cama, en cualquier situación, el amor, el sexo, el odio, los golpes, el engaño cuando la actuación femenina se hace presente y para muchas es una salvación no sólo metafórica sino incluso vital.

Reconocer la culpa de Julieta es dar cuenta de la deuda histórica que tiene la sociedad con las mujeres. Reconocer la culpa es notar que sistemáticamente se ha operado en contra de las mujeres, que se han ocultado sus historias y sus creaciones artísticas. Por ello afirmo que hablar de Julieta y reconocer su culpa es cruzar la puerta para hablar de las mujeres en el teatro y en la vida. 



EL AGUA DULCE

LOS ACUÍFEROS

NUESTRA AGUA

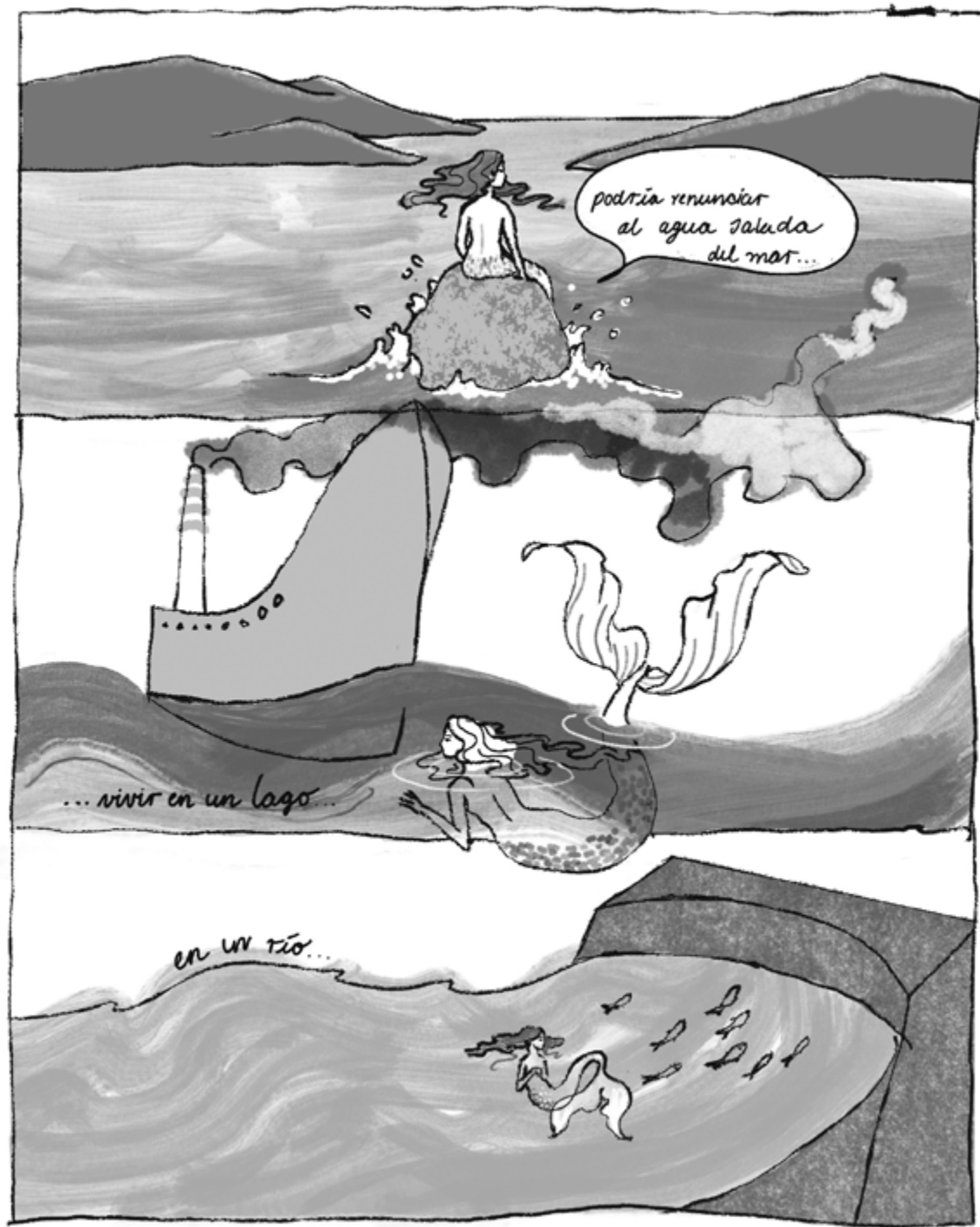
DEMANDA DE

QUE CAMBIEMOS
NUESTRA FORMA DE USARLA

Un caudal de agua –de hasta seis millones de litros por segundo– fluye por las cataratas del Iguazú en la frontera de Brasil y Argentina.

TINTA SUELTA







• COLABORADORES •



Mariana Soto Almaguer
(Colima, 2006). Estudiante de preparatoria. Ganó el VII Concurso Nacional de Poesía Joven para Estudiantes de Bachillerato Escolarizado Amapola Fenochio, y el concurso La I.A. en 2050, convocado por el TEC de Monterrey y *Luvina*, en Ensayo.
@ lasangredelos_libros

© Miguel Ángel Aguilar Mancera



Ana Saldaña
(Ciudad de México, 1995). Licenciada en Lengua y Literaturas Modernas Alemanas por la UNAM. Es parte de *Novísimas: Reunión de poetas mexicanas. Vol. II* (2021).

© Dulce Pérez Bautista



Michelle Trujillo Cruz
(Ciudad de México, 1993). Egresada de la maestría en Letras de la UNAM, donde trabaja como editora y correctora de estilo.



Marisol Luna Zapiaín
(Ciudad de México, 1994). Lectora. Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFyL, UNAM. Se ha desempeñado como promotora de lectura, docente y tallerista. Diseña y gestiona proyectos de difusión cultural para comunidades diversas.



Samuel Cano
(Ciudad de México, 1998). Escribe poesía y narrativa. Estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM. En colaboración con Titomanía Títeres, fue ganador de la Convocatoria del Circuito de Artes Escénicas Chapultepec, en la categoría Títeres y Objetos (2023).

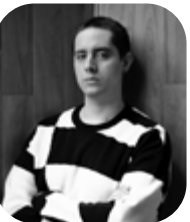


Elena Mesa
(Medellín, 1986). Vive en Barcelona, donde cursó el máster en Creación Literaria en la Universidad Pompeu Fabra. Es collagista y ejerció como psicóloga en Colombia durante diez años.
@ ele_collage

© Javier García Rosell



Kenya Naranjo
(Tijuana, 1995). Licenciada en Lengua y Literatura y maestra en Investigación Histórico-Literaria por la UABCS. Actualmente es acreedora del PECDa en Poesía.



Miguel Parpadeos
(Ciudad de México, 1992). Es autor del libro *Instrucciones para cultivar y otras microficciones silvestres* (2023). Fue parte de la primera generación del Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria de la UNAM.
@ miguelparpadeos

© David Guzmán



Kennia Cervantes
(Xalapa, 1992). Estudia la maestría en Literatura Mexicana en la UV. Obtuvo el Primer lugar del Premio Nacional al Estudiante Universitario Carlos Fuentes, en Ensayo. Ha recibido estímulos del PECDaV y de la FLM.



Ulises Flores Hernández
(Ciudad de México, 1996). Licenciado en Comunicación y Periodismo por la FES Aragón. Ha ganado concursos de crítica cinematográfica, reseña y cuento. Ha publicado en *Punto de partida*, *Celuloide Digital* y *Universo de Letras*.

• COLABORADORES •



Mariana Camacho Cruz
(Guadalajara, 2004). Estudiante de licenciatura en Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara.



Said Vladimir Ramírez Téllez
(Chilpancingo, 1991). Licenciado en Literatura Hispanoamericana y maestro en Humanidades por la UAG. Es parte del comité editorial de *La Manticora*, y autor de *Cómo cazar al tigre* (2019).



Gerardo Almaraz
(Oaxaca, 1996). Sociólogo rural por la Universidad Autónoma Chapingo. Ganó el Certámen Poético Emiliano Zapata (2017) y el Primer Certamen Poético (2018), convocados por la UACH. Es autor de *Vestigios* (2022).
✉ GI_Almaraz 📷 Nerudial



Lya Montiel Nepote
(Ciudad de México, 2000). Estudia Geografía en la FFyL, UNAM. Ha publicado en *Ágora*, del COLMEX. Participó en FOCUS: Exposición Binacional, y en *Atrapar el fuego*, del proyecto Constelaciones, ambas en el Museo Tamayo.



César Villanueva
(Ciudad de México, 1988). Egresado de la Facultad de Derecho, UNAM. Especialista en derecho constitucional y administrativo. Autor de textos de investigación y conferencista en foros académicos.
📷 cevillanue

Ángela Almendra Almonaci Buendía
(Texcoco, 2001). Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFyL, UNAM. Ha colaborado en medios como la *Red Universitaria de Mujeres Escritoras* y las revistas *Espejo Humeante* y *Pluma*.



Andrea Ortiz Morales
(Guanajuato, 1996). Lectora y restauradora. Editora en *Página Salmón*. Ha publicado en *Penumbria*, *Página Salmón*, *Cósmica Fanzine*, *Especulativas MX*, *Pensar lo doméstico* y *Bastardilla*.
📧 zaraterendon



Pablo Feram
(Puebla, 1993). Maestro en Literatura Hispanoamericana por la BUAP, donde actualmente estudia el doctorado en la misma área. Es poeta de tiempo parcial.



Armando Gutiérrez Victoria
(Ciudad de México, 1995). Cursa el doctorado en Literatura en El Colegio de México. Autor del poemario *Week-end en Zipolite y otros poemas póstumos* (2023). Es director de *Irradiación. Revista de Literatura y Cultura*.



Omar Castro Guadarrama
(Tultitlán, 1997). Licenciado en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Cursa la maestría en Teoría Literaria en la UAM-I. Escribe críticas teatrales en *Voy al Teatro*. Ha publicado en *Punto de partida*, *Palebrijes* y *Espora*.
📷 c4a5tro



• COLABORADORES •



Ana Sofía Vázquez Morales
(Ciudad de México, 1997). Estudiante de Arte y Comunicación Digitales en la UAM-I. Ha coordinado sesiones de moda para catálogos y eventos radiofónicos. En 2017 ganó en la categoría Flora y fauna en el Instawebweekend Michoacán.



Aarón Farid Negrete
(Ciudad de México, 1996). Estudió Letras Modernas Alemanas en la FFyL, UNAM. Ha colaborado en *Blog Librópolis* y en *Blog de lxs Jóvenes*.
📷 _aarfar



© Daniel Soto

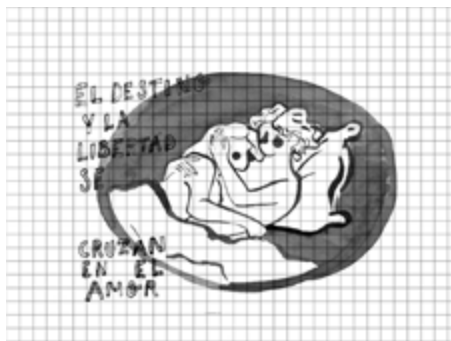
Andrea Soto
(Ciudad de México, 2000). Artista visual. Se especializa en pintura y dibujo con estilógrafo. Se interesa por investigar, observar y plasmar al ser humano como parte de la naturaleza.
📷 soyandreasoto



• COLABORADORES •



Claudia Santos
(Colima, 1998). Es fotógrafa y gestora cultural. Sus fotografías han sido publicadas en *Blue Mesa Review*, *Revista de la Universidad de Nuevo México* y en *L'esprit Literary Review*.
@claudiaexcaret



© Yuleni Pazos

Frida Lomán Amaro
(Xalapa, 2001). Estudia la licenciatura en Artes Visuales en la UV. Ha expuesto colectivamente en Xalapa y Naolinco. Ha impartido talleres en la Galería de Arte Contemporáneo de Xalapa.

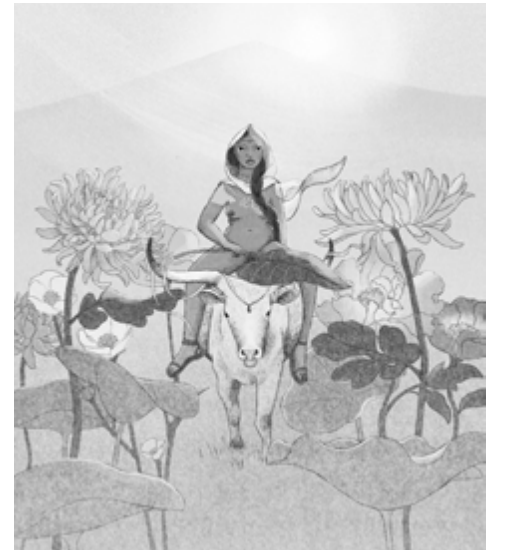
• COLABORADORES •



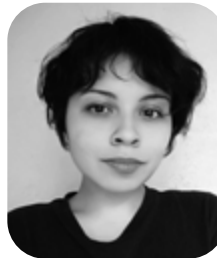
Valeria Hernández
(Ciudad de México, 1989).
Ilustradora, historiadora del arte y tatuadora. Es autora de *Sagradas* (2020), una antología ilustrada de diosas de todo el mundo. Ha colaborado con editoriales consolidadas e independientes, y publicado fanzines.
@_hipocampo



TINTA SUELTA



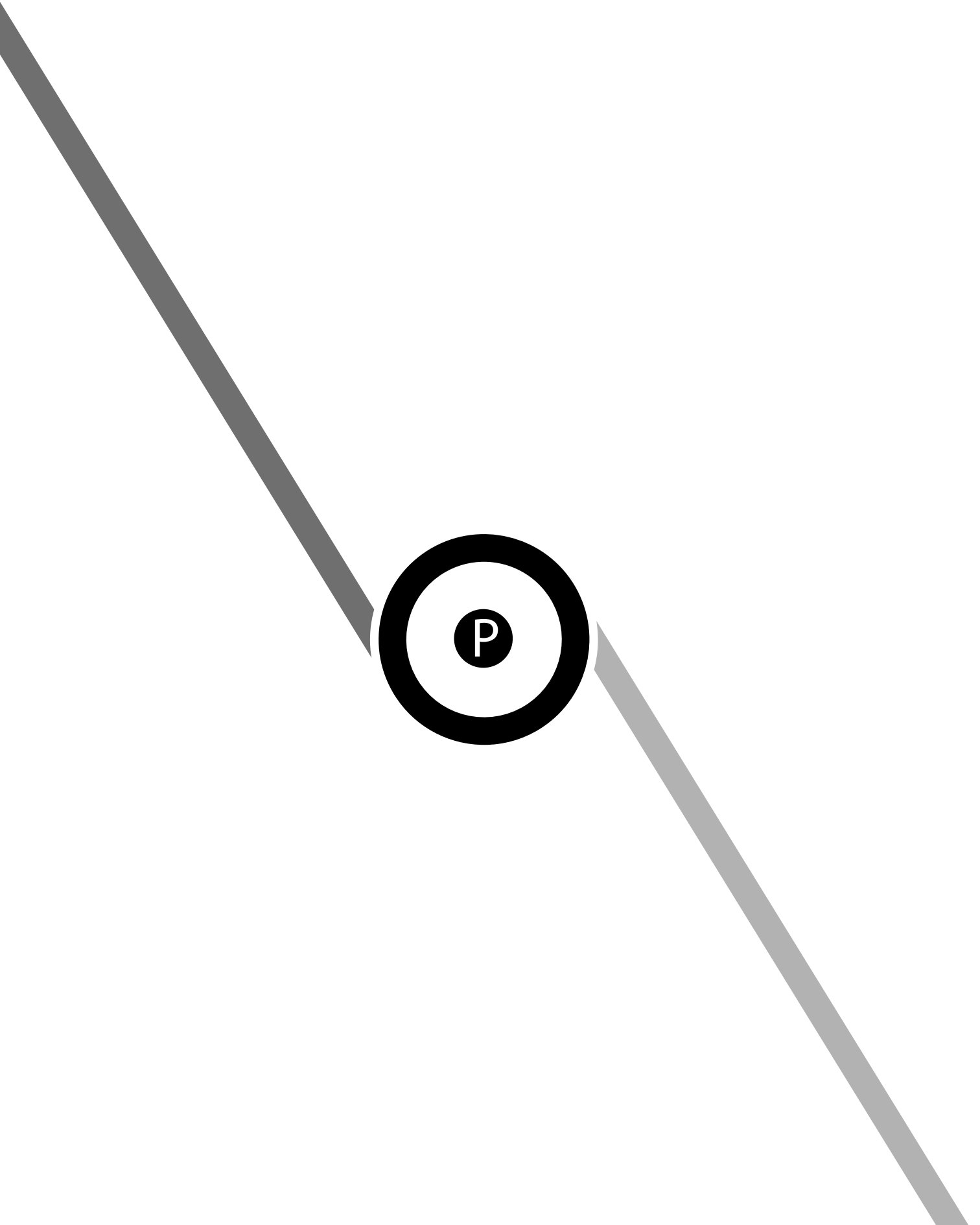
A CONTRALUZ



Nahiby Castro López
(Ciudad de México, 1997).
Estudia la licenciatura en Artes Visuales en la FAD, UNAM. Ha participado en exposiciones colectivas, venta de obra propia o por comisión, y generado material visual digital y análogo para micronegocios, empresas, instituciones gubernamentales y académicas.
@nahiby_castro_art



Jaspe Martínez González
"Ajenjo" (Ixmiquilpan, 1990).
Doctorando en Física en la UNAM y docente en la Facultad de Ciencias de la misma universidad. Como escritor de haiku su obra ha sido reconocida en México, España, Cuba y Japón. Ha dado conferencias, congresos y talleres en la UNAM, UAM, Universidad de Castilla-La Mancha, Biblioteca Vasconcelos, librerías del FCE y Gandhi, y en el Museo Regional de la Cultura Hñähñü. Coordina la sección de fotohaiku de *El Rincón del Haiku*.





LITERATURA UNAM

